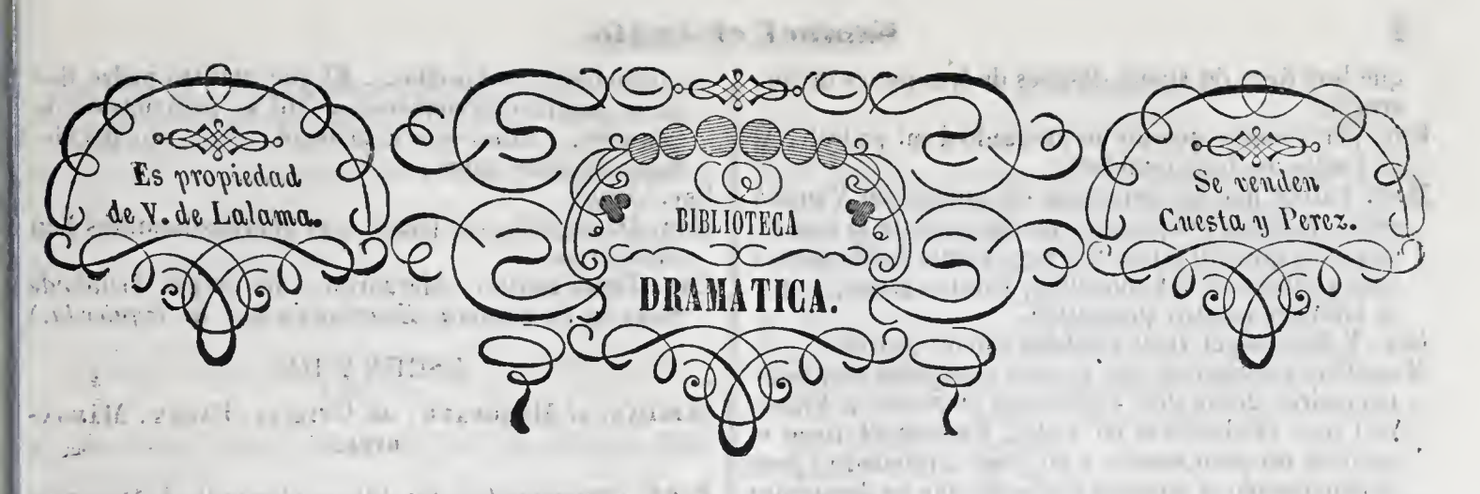

SAMUEL EL JUDIO.

Drama en cuatro actos y en prosa, arreglado á la escena española por D. Isidoro Gil, *representado con gran aplauso en el teatro de la Cruz, el dia 1.° de febrero de 1855.*

PERSONAS.	ACTORES.
Isaac-Ben-Samuel, *conocido por el nombre de maese Didier, el lombardo, banquero en Francfort*	*Sr. D. Antonio Pizarroso.*
Carlos, *rey de España*	*Sr. D. Julian Romea.*
El Conde Chevres, *ministro de Cárlos*	*Sr. D. Francisco Coria.*
El Conde Palatino del Rhin, *Elector*	*Sr. D. Lázaro Perez.*
El Margrave de Brandeburgo, *id.*	*Sr. D. Florencio Romea.*
Emmanuel, *judio, prometido de Ester*	*Sr. D. Antonino Bermonet.*
Rodolfo	*Sr. D. Elias Aguirre.*
El Almirante Bonnivet.	*Sr. D. Alejo Pacheco.*
El Obispo de Colonia, *Elector*	*Sr. D. José Mas.*
El Arzobispo de Maguncia, *id.*	*S. D. José Perez Pló.*
El Rey de Bohemia, *Elector*	*Sr. D. José Laplana.*
Federico de Sajonia, *id.*	
El Arzobispo de Treveris, *id.*	
Un Capitan	*Sr. D. Gerón. Gonzalez.*
Un Gentil-hombre del Palatinado	*Sr. D. Francisco Solans.*
Un Criado	*Sr. D. Fernando Parra.*
Un Guardia	
Sleidan	*Sr. D. Patricio Sobrado.*
Un Page	*Sr. D. José Sineo.*
Ester, *hija de Samuel.*	*Sra. Doña A. Gutierrez.*
Margarita, *su nodriza.*	*Sra. Doña Vicenta Martin.*
Convidados, Guardias, Pages, Criados.	

La escena pasa en Alemania.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja en casa de Samuel.

ESCENA PRIMERA.

Ester, *sola, en pie, al lado de una ventana, mirando al través de los vidrios; vuélvese á poco asustada á mirar hácia la puerta del foro.*

Est. Quién viene?.. Me habia parecido oir... No podia ser mas que Margarita; pero hasta ella me da miedo; todo me asusta ahora; temo hasta una palabra, una mirada. Y sin embargo, tú lo sabes, Dios mio! Todo mi delito consiste en haber sido amada de Rodolfo... Oh! sin duda para castigarme de haberte oido, es por lo que permites que me abandone, y que hace doce dias no haya tenido siquiera una noticia suya. En vano querria dudarlo ya! Me ha engañado! No me amaba! Cómo no he de desear la muerte! (*llora.*)

ESCENA II.

Ester, Margarita.

Mar. (*saliendo por el foro.*) Uf! Qué gentio por las calles de Francfort! No parece sino que toda Europa se ha dado cita en nuestra imperial y libre ciudad... Pero no me escuchais, Ester? Qué teneis?

Est. Nada.

Mar. Nada, y teneis los ojos hinchados de llorar, y han perdido el color vuestras megillas! Ah! Si no sufris, apresuraos, querida niña, á tomar otro aspecto, porque es necesario que no os vean asi... sobre todo, hoy que ha de volver!..

Est. Rodolfo!

Mar. Eh, loquilla! No se trata de ese joven oficial á quien hemos asistido, y el cual, luego que ha curado de su herida, y ha recobrado sus fuerzas, ha volado de aqui como un pájaro de su jaula; la que os anuncio es la vuelta del señor Didier.

Est. De mi padre?

Mar. Si. He pasado por casa del señor Heriot, su abogado, que tiene noticias muy recientes suyas, y dice

que hoy llega de Italia, despues de tres meses de ausencia.

EST. (Tres meses que no he abrazado á mi padre!.. Y su vuelta me hace temblar!)

MAR. Parece que ha terminado sus asuntos en Venecia como deseaba, traspasando ventajosamente la casa de comercio que alli tenia, y á cuyo frente habia puesto hace cuatro años á Emmanuel, vuestro primo, y que es tambien vuestro prometido.

EST. Y Emmanuel viene tambien con mi padre?

MAR. Para casarse con vos; es cosa convenida con vuestro padre, desde que Emmanuel abandonó á Francfort para establecerse en Italia. Emmanuel tiene el carácter un poco áspero, y un genio arrebatado; pero el matrimonio le amansará; además que es de vuestra religion.

EST. Silencio, en nombre del cielo!

MAR. Oh! no tengais cuidado; estamos solas, y nadie puede sospechar, gracias á Dios, que bajo el nombre de *Didier el Lombardo*, el nombre del mas rico comerciante de Europa, se oculta en Francfort el judio Isaac-Ben-Samuel. Conocemos los estatutos de la ciudad libre, los cuales prohiben á los judios permanecer en ella.

EST. Bajo pena de muerte...

MAR. De muerte, no... pero sí de destierro. Oh! estoy bien enterada de cosas de política, desde que voy algunas veces al estudio del señor Heriot. Mirad, acabo de oir hablar á un célebre doctor sobre el gran suceso de este año de 1519, de la muerte del emperador Maximiliano, y de la eleccion de su sucesor. (*se oye á lo lejos el tañido de las campanas.*)

EST. Qué ruido es ese?

MAR. Las campanas de San Bartolomé anuncian que salen de la catedral. (*aproximándose á la ventana.*) Desde esta ventana veremos pasar á los siete electores y sus comitivas.

EST. (*con viveza.*) Van á pasar por aqui los electores?

MAR. Seguramente... Sabeis lo que es un elector? me decia esta mañana el célebre doctor de que os he hablado. Es un hombre, á quien se ha convenido en llamar principe soberano. Lleva un ilustre título; se llama ó Margrave de Brandeburgo, ó conde Palatino del Rhin, y aun rey de Bohemia; pero por lo regular es mas pobre que un simple hidalgo.

EST. (*ap., y mirando.*) Le veré entre ellos!

MAR. (*continuando.*) Solamente que todos ellos tienen un medio de rehacer su fortuna, cada vez que eligen un emperador; este medio es su voto... Ah! ya salen los electores... Mirad, Ester, mirad; está el número completo... Vedlos á los siete á caballo. Van los primeros los arzobispos de Maguncia y de Treves, que han llegado hoy mismo. Para ser hombres de iglesia, no tienen mal aire á caballo.

EST. (No está alli!)

MAR. (*continua..*) Ahora el Rey de Bohemia y el arzobispo de Colonia. En seguida... ah!.. en seguida... el valiente Elector de Sajonia... el escelente Duque Federico. Quién viene detrás de él?

EST. (*con viveza.*) El Conde Palatino del Rhin.

MAR. Cierto, le habeis conocido antes que yo... Y á propósito, no era en la comitiva del Conde, en la que iba hace dos meses ese jóven Rodolfo?

EST. (*cortada.*) Rodolfo?.. No sé...

MAR. Pues hoy no vá.

EST. (Ninguna esperanza!)

MAR. (*siempre á la ventana.*) Oh! el sétimo; no se me despintara!... Es persona conocida; el Margrave de Brandemburgo; el mas pródigo, pero tambien el mas empeñado de todos ellos... El que vuestro padre llama su maldito parroquiano... Oh! se para delante de esta casa... habrá sido casualidad... Oh! no; decididamente viene aqui.

EST. Aqui?

MAR. De seguro; sus pages, sus gentiles-hombres han entrado ya.

EST. Tanta gente!.. Margarita, me retiro. (*ruido de voces en la escalera. Ester se va por la izquierda.*)

ESCENA III.

SLEIDAN, *el* MARGRAVE, *un* OFICIAL, PAGES, MARGARITA.

PAGE. (*anunciando.*) Su Alteza electoral el Margrave de Brandeburgo.

MARGR. Dónde está el buen Didier?.. Ese magnífico y poderoso príncipe de los ducados?.. Acaban de anunciarme su vuelta.. Dónde está?.. Quiero ser el primero que le abraze...

MAR. Mi amo, monseñor, está ausente todavia...

MARGR. Qué deciais pues, Baron Sleidan? Ese papanatas de Peters se ha engañado; el imbécil no conoce sin duda la persona del Banquero-Rey.

SLEI. Peters conoce perfectamente y ha visto á no dudar al *Lombardo*. Maese Didier entraba en la Ciudad por la puerta del Sur, hace un cuarto de hora, pero habrá tropezado quizá con alguno que le haya detenido.

MARGR. Y decis que su Alteza mi esposa, ha perdido ayer, jugando con el almirante Bonnivet?..

SLEI. Cuatro mil ducados al contado... y despues, bajo palabra, seis mil...

MARGR. Es una friolera! Y qué tiempo tenemos para pagar eso?

SLEI. Su Alteza ha prometido hacerlo mañana.

MARGR. Mañana! El plazo no es muy largo que digamos. Pagareis tomando dinero de mi caja.

SLEI. (*bajo.*) Monseñor... está vacia.

MARGR. (*id.*) Ya lo sé; espero á Didier para que la llene... (*á Margarita.*) Decidme, buena muger, habeis visto por aqui á dos flamencos, dos comerciantes, padre é hijo?

MAR. Nadie ha venido, monseñor.

MARGR. (*á Sleidan.*) Me los recomienda mi primo Carlos, el Rey de España; vienen á Francfort para hacer algunos negocios; y he prometido presentárselos yo mismo á Didier... para lo cual los he citado aqui. (*sentándose y dirigiéndose al oficial.*) Con que decid, capitan, llegais de Suiza?

OFI. Allí he pasado el invierno, monseñor.

MARGR. Cómo hablan de nosotros por aquellas tierras? Qué habeis oido decir del difunto Emperador?

OFI. Cosas que vale mas no repetir...

MARGR. Y por qué? Ya que la mayor parte de las cosas que se les dicen á los Reyes en vida, son lisonjas y mentiras, justo es que despues que han muerto, se diga la verdad; hablad pues.

OFI. Acusan al emperador de haber carecido toda su vida de valor y probidad; asi es que por nuestros cantones le llaman Maximiliano sin corazon y sin honor.

MARGR. Y yo le llamaba Maximiliano sin dinero; de todos los defectos, ese es el peor. (*al oficial.*) Capitan, quereis entrar á mi servicio?

OFI. Si, monseñor.

MARGR. Pues es necesario equiparos.

OFI. Señor... (*turbado.*)

MARGR. Ah! si, entiendo. Habeis consumido vuestro

patrimonio en las guerras de Italia contra el rey Francisco?.. Mi tesorero os adelantará sobre mi caja un año de haber.

SLEI. (*bajo.*) Pero ya he dicho á vuestra alteza, que su caja...

MARGR. Y yo he dicho tambien por qué espero aqui...

MAR. Ya oigo la voz del amo.

ESCENA IV.

SLEIDAN, *el* MARGRAVE, SAMUEL, MARGARITA, *Un* OFICIAL.

SAM. Saludo á todos, caballeros! Ah! monseñor el Margrave aqui!

MARGR. Carisimo Didier... he venido...

SAM. Perdonad, monseñor, si os interrumpo; pero no os escucharia con atencion, si os oyese ahora, y por el mismo respeto que me inspira vuestra alteza, le ruego que se sirva esperar un momento. (*á Margarita.*) Y mi hija está buena? No ha sucedido nada durante mi ausencia?

MAR. Ya os habrán dicho que han querido asesinarnos!

SAM. A mi hija?

MAR. Y á mi! Los malvados que codiciaban vuestras riquezas, se introdujeron aqui para robar, para saquear la casa.

SAM. (*mas fuerte.*) Y mi hija?

MAR. Fue por la noche; todos los dependientes y criados de la casa estaban fuera; y oimos llamar.

SAM. (*con arrebato.*) Pero, y mi hija! Desventurada! Y mi hija! Está mala, herida? Dónde está, que no la veo!

MAR. Oh! no temais nada, señor!

SAM. Intentas tranquilizarme, y ella no está aqui!... Margarita, tú me engañas.

MAR. No, querido amo; no! Os lo juro!

SAM. Pues entonces, muéstramela, dime dónde está.

MAR. Ahi, señor, ahi. (*señalando la puerta de la izquierda.*)

SAM. (*precipitándose.*) Ester! Hija mia! Ven á abrazar á tu padre!

ESCENA V.

SLEIDAN, *el* MARGRAVE, *el* CONDE DE CHEVRES, CÁRLOS, MARGARITA, *etc., etc.*

MARGR. (*viendo salir á Samuel, y sonriéndose.*) Voto al diablo! Hasta que haya visto á su hija, no podemos contar con él.

SLEI. Por cierto, que es poco atento.

MARGR. (*á Sleidan.*) No hableis mal de los comerciantes... Hé aqui á mis dos protegidos. Acercaos, señores; os estaba esperando. (*salen Cárlos y Chevres, que aparecieron en el foro un poco antes de la salida de Samuel.*)

CHE. (*saludando profundamente.*) Se dignará vuestra alteza disimularnos?

MARGR. Acaba de llegar maese Didier, que me ha suplicado le espere un momento, y si quereis hacer lo mismo, os serviré de introductor.

CHE. (*inclinándose de nuevo.*) Monseñor, es mucha bondad. (*Cárlos saluda con frialdad.*)

MARGR. Qué te parecen? (*bajo á Sleidan.*)

SLEI. El papá me gusta; se presenta bien; en cuanto al hijo, le encuentro un aire muy vulgar.

MARGR. Pues no tiene cara de tonto.

SLEI. Muchas veces la cara engaña; apenas sabe saludar.

ESCENA VI.

Dichos, SAMUEL.

SAM. (*con rostro risueño.*) Margarita, mi Ester te llama, no la dejes sola. (*vase Margarita por la izquierda.*) Monseñor, (*al Margrave.*) os ruego nuevamente que me disimuleis; pero ahora, que he visto y abrazado á mi hija, me entrego á vos todo entero.

MARGR. Podemos entonces tratar de negocios.

SAM. (De negocios con él!.. Demasiados tengo ya.)

MARGR. El emperador Maximiliano ha muerto.

SAM. Oh! eso ya lo sé; y de una enfermedad poco régia; de una indigestion.

MARGR. De esa ó de otra...

SAM. Todo es morirse; monseñor tiene razon, pero cuando se recapacita que si su magestad hubiese comido un poco menos...

MARGR. Si, eso hubiera cambiado el aspecto de los negocios de Europa, y no nos veriamos ahora en la necesidad de elegir su sucesor entre los pretendientes.

SAM. Son muchos los pretendientes?

MARGR. Afortunadamente!

SAM. Y por qué afortunadamente?

MARGR. Porque habiendo concurrencia, hay donde elegir.

SAM. Eso es cierto... El imperio al mas digno.

MARGR. (O al mas rico.) Maese Didier, vos sois hombre de sano juicio, y quiero saber vuestra opinion. Qué pensais del rey de Francia?

SAM. Monseñor, no pienso de él nada que pueda decirse en alta voz.

MARGR. Por qué?

SAM. (*con conviccion.*) Porque... porque no le profeso gran aficion.

CHE. (*bajo á Cárlos.*) No nos han engañado. (*alto.*) Es decir, que maese Didier prefiere entonces á su rival, al rey de España?

SAM. Le prefiero desde luego, por ser rival suyo.

SLEI. (*admirándose.*) Al rey de España? A un jóven de 19 años, á quien nadie conoce!

MARGR. En efecto, nuestro primo Cárlos no ha salido nunca de los Paises Bajos?

CHE. Perdonad, monseñor; una vez ha salido... para ir á España á hacerse coronar rey.

MARGR. Oh! sin duda creyó que eso merecia la pena de salir de la regla! Pero en fin, qué es lo que hace? Qué quiere? Entra en el número de los que aspiran al imperio... quiero creerlo, porque asi lo dicen; pero falta conocer sus deseos é intenciones. Comprendo que no venga él en persona, porque los estatutos de la Bula de oro, que forman parte de las leyes del imperio, prohiben, bajo las mas severas penas, que ninguno de los aspirantes se presente en la libre ciudad de Francfort durante la eleccion. Pero ha debido hacerse representar aqui por un embajador.

CHE. El rey Cárlos, es un principe joven, eso es cierto, pero sabio y reflexivo.

MARGR. Bien.

SAM. Prudente, á lo que dicen.

CHE. No siempre. (*bajo á Cárlos.*)

MARGR. Bueno tambien; pero eso no es bastante.

SAM. Rico.

MARGR. Ah! es de veras muy rico?

CHE. Que si lo es? Pues no tiene bajo su dominacion á Flandes, el pais mas comercial y mas opulento de Europa? A Nápoles, uno de los mas ricos depósitos de la Italia? A España, en donde vienen á derramarse los tesoros del nuevo mundo?

MARGR. Eso mismo es lo que yo digo cien veces al dia;

ese hombre es el emperador que nos hace falta. En primer lugar, es rico, lo cual es una escelente cualidad. El difunto Maximiliano no la tenia; asi es, que nunca ha sido mas que emperador á medias... Un hombre que ha muerto sin ser consagrado por el Papa, porque no tuvo jamás medios para hacer el viage á Italia!.. Oh! eso es una vergüenza!.. Yo por mi parte no quiero ver en el trono esas medianias coronadas, que si llega el caso, no tienen para pagar las deudas de un vasallo, ó desempeñar los estados de un feudatario! Y el pueblo piensa lo mismo... Y los comerciantes tambien; no es verdad, Didier?

SAM. Ciertamente, monseñor, que el comercio...

MARGR. Ya sabia yo que vos seriais de mi opinion. (Si no lo fuese, seria lo mismo.) Nosotros siempre nos entendemos. (*llevándole á un lado.*) Oid, Didier. El viaje y mi permanencia en Francfort, me han obligado á hacer algunos gastos imprevistos; podriais comprometeros á poner hoy mismo en manos de mi tesorero treinta mil ducados, de los cuales os harcis dar recibo?

SAM. Monseñor, siento en el alma... pero las compras tan considerables que acabo de hacer al contado en Italia... y luego, las cuentas de mi futuro yerno, que he tenido que liquidar de improviso, me han dejado sin numerario alguno.

MARGR. Qué es eso, Didier? Tendriais quizás recelo?

SAM. Recelo de qué, monseñor?

MARGR. Ya sé que tengo con vos un pequeño atraso bastante pesado; pero no vayais á creer que lo he olvidado. Sin embargo, maese Didier, tengo necesidad... entendeis bien... necesidad de que espereis todavia un poco.

SAM. Monseñor, ya hace bastante tiempo que espero ese poco.

MARGR. Es verdad, pero casi tocamos el término. Ya conoceis que la eleccion de un nuevo emperador, es una ocasion para mi.

SAM. De nuevos gastos.

MARGR. Oh! no; de reembolsarme de los antiguos.

SAM. De reembolsaros! Por qué?

MARGR. No comprendeis?

SAM. Monseñor, yo no comprendo mas que un poco los negocios de comercio.

MARGR. Pues de uno de esos os hablo.

SAM. Teneis algo que vender?

MARGR. Tal vez.

SAM. Entonces, veamos la mercancia.

MARGR. No hay necesidad; no sois vos el comprador; solamente puede ser que suministreis los fondos.

SAM. Ahora os comprendo menos.

MARGR. Estos señores os esplicarán el negocio con mas estension. (*enseñándole á Cárlos y á Chevres, á los cuales hace señas para que se acerquen.*)

SAM. Quiénes son estos señores?

CHE. Vander Ruysdal, padre é hijo, de Brujas.

SAM. (*mirando atentamente á Cárlos.*) Este caballero es vuestro hijo?

CHE. Y mi consocio.

SAM. Yo he visto á este caballero en otra parte que en Brujas.

CHE. No es probable.

SAM. (*á Cárlos.*) No habeis estado nunca en Nápoles?

CHE. (Le ha reconocido!)

CAR. (*con frialdad.*) Nunca.

SAM. (Es particular!) Y qué vienen á hacer estos señores á Francfort?

MARGR. Me han sido dirigidos y recomendados por el rey de España.

SAM. (*con viveza.*) Por el rey de España?

MARGR. (*bajo.*) Ahora comprendereis á quién iba dirigido todo lo que he dicho de él hace un instante. Sospecho que tendrán sus instrucciones, pero esas os conciernen á vos, puesto que os piden una entrevista para mañana.

SAM. A mi?

MARGR. (*bajo.*) Sondeadlos bien, asi sabremos á qué atenernos respecto al rey de España, y tal vez con esa ocasion os esplicarán ellos lo que yo ahora no he podido haceros comprender.

SAM. (*sorprendido.*) Ah!

MAR. (*á Chevres.*) Asunto concluido, señores flamencos, maese Didier os espera mañana á esta hora. (*bajo á Samuel.*) Yo os veré mañana por la noche, despues que hayais hablado á los flamencos. (*á los demas.*) Marchemos, señores.

CHE. Hasta mañana. (*á Samuel.*)

SAM. Hasta mañana. (*vanse todos, escepto Samuel: Carlos y Chevres por la derecha. El Margrave y su comitiva por la izquierda.*)

ESCENA VII.

SAMUEL.

Si me engañaré, ó ese jóven de aire magestuoso y reservado, será él realmente? Mañana lo sabré... y aunque quiera encerrarse en su profundo silencio... yo le haré hablar... Pero por qué causa se dirige á mi? Querrá que tome parte en alguna intriga? Y el pobre Margrave... qué querria darme á entender?.. Ya empiezo á cansarme de estos régios parroquianos; no tienen mas que dos maneras de pagar; la primera pagar mal; la segunda no pagar nunca, y por lo general prefieren esta última. Cuando no les dá por empeñar todos sus bienes señoriales, sus tierras y dominios, como por ejemplo, monseñor el Conde Palatino del Rhin, del cual tengo en depósito todos los títulos de propiedad. Seguramente no se enriquecerá uno con los negocios de los principes; y no ha sido por cierto prestándoles mis ducados con lo que yo he reunido los montones de oro que compondrán el dote de mi hija... Mi hija!.. Ellos me la hacen olvidar. Ester! (*llamando. Consigo mismo.*) Todavia no sé cuál es el suceso de que me habló Margarita.

ESCENA VIII.

SAMUEL, ESTER.

EST. Me llamais, padre mio?

SAM. Oh! si... te llamo, porque ahora que me han dejado, tengo necesidad de estar sólo contigo; tengo necesidad de buscar el descanso en las caricias de mi hija, y el olvido de mis fatigas en la sonrisa de tus labios. Vamos, ven á ocupar tu lugar acostumbrado. (*la hace sentar á su lado.*) Ven, cerca de mi. (*la abraza.*) Querida hija... hétenos ya reunidos para no separarnos mas, porque te he prometido que este viage seria el último.. y cumpliré mi promesa. He sufrido mucho durante los tres largos meses que he pasado lejos de ti, hija de mi alma... Sabes, querida Ester, que en la mañana eras tú mi primer pensamiento?.. Sabes que todas las noches, al cerrar mis ojos, se inundaban de lágrimas, porque no estabas tú alli?... Y si alguna cosa me consolaba, era que en sueños veia tu imágen, y me figuraba que nos encontrábamos aqui, en nuestra antigua casa de Francfort, sentada tú á mi lado, contándome tus pensamientos y tus alegrias de jóven, y diciéndote yo á mi vez mis proyectos para tu felicidad...

Est. En vuestros sueños! (*con tristeza.*)

Sam. (*alegremente.*) En mis sueños, que confio se realizen. Oh! si... tu serás dichosa... los papás tienen para ello un talisman de efecto seguro... Mirad, señorita, ved lo que os traigo de Italia (*vá á tomar unas joyas que dejó al salir.*) Creeis que este collar no hará resaltar la blancura de vuestro cuello? Y que estas sortijas no sentarán bien en vuestros lindos dedos? Pero no es esto todo, hija querida; ya verás qué brillantes brocados, qué ricos tisús de Persia; y luego, para eclipsar todo lo demas; este aderezo, este aderezo que envidiaria una princesa. (*se le enseña.*) Por supuesto, que este regalo no es mio; no... es el presente de boda de tu futuro.

Est. Emmanuel? (*con espanto.*)

Sam. Vas á verle despues de cuatro años de ausencia; lleno de impaciencia, con sus recuerdos de niño, embriagado de amor! Oh! te ama ardientemente.

Est. (*con sorpresa.*) Yo!... la esposa de Emmanuel!...

Sam. No le has aceptado tù?

Est. (*prorumpiendo en sollozos.*) Ah! padre mio, piedad! Piedad para mi! Soy muy desgraciada! (*va á arrodillarse á sus pies, Samuel la detiene.*)

Sam. Desgraciada dices?.. Què debo pensar? Esas lágrimas... (*mirándola atentamente.*) Dios mio! Esa palidez... esas facciones descompuestas, en que hasta ahora, con mi alegria, no habia reparado!.. Oh! tú has sufrido... hija mia... Qué es lo que ha pasado?.. Margarita me habló de una desgracia... de un peligro horroroso... y todavia no sé nada... Margarita! (*llamando.*)

Est. Oh! no la llameis...

Sam. Pero yo quiero saberlo; dimelo todo.

Est. Todo, si, padre mio... todo, porque es necesario que os abra mi alma; porque quiero deciros que era una loca cuando creia amar á Emmanuel; yo, que no sabia todavia lo que era amor... y que al hablarme del suyo, me hacia la ilusion de participar de él, creyendo que mi dicha seria tenerle por esposo... hasta que otro hombre...

Sam. Otro hombre! (*levantándose un poco.*)

Est. (*en tono de súplica.*) Padre mio! He prometido deciroslo todo... pero para que tenga valor, haced que no lea en vuestros ojos irritados la sentencia que anticipadamente ha de pronunciar mi inexorable juez!..

Sam. Habla, hija mia, habla, que no es tu juez, sino tu padre quien te escucha. (*se vuelve á sentar.*)

Est. (*permanece de pie.*) Hacia un mes que mi padre se habia ausentado, cuando el Emperador murió, y la dieta de los siete electores fué convocada en Francfort. Cada dia llegaba á nuestra ciudad uno de los siete príncipes soberanos, y cada dia era una nueva fiesta. Se anunció la entrada del Conde Palatino del Rhin, y segundo Vicario del Sacro Imperio, y fui á verla, acompañada de Margarita. Habia un gentío inmenso, que lo inundaba todo. Hubo un momento en que las dos pobres mugeres, apretadas y casi maltratadas por el tropel de alemanes, de estrangeros, artesanos y soldados, se sobresaltaron, y la mas jóven no pudo contener un grito penetrante de terror. A este grito, un jóven que desfilaba á la cabeza de una compañia de soldados, se adelantó hácia nosotras, y metiendo su caballo por entre aquellos hombres apiñados al rededor nuestro: Atrás, villanos, esclamó con una voz fuerte y dulce á la vez; vais á ahogar á esa tierna flor?« Al oirle, todos se desviaron, y libres como por encanto, nos apresuramos á volver á casa.

Sam. Pero, Margarita me ha hablado de asesinos...

Est. No habian pasado ocho dias, durante los cuales no habia vuelto á ver á ese jóven, porque el miedo nos tenia retraidas en casa, cuando una noche, á hora avanzada, y que estábamos aun vestidas, porque nos habiamos entretenido... hablando de vos... oimos llamar con fuerza á la puerta. Quién es? Preguntó Margarita... «Abrid, respondió una voz que solo habia oido una vez, pero que conoci al punto; es un amigo que viene á salvaros...» Y apenas entró, nos dijo él, porque era el mismo..» Trátase de robaros, y si es preciso, se atentará contra vuestra vida... Acabo de oirlo en este momento ahí cerca... Vedlos! Apagad la luz, y perded cuidado, que yo tengo mi espada!» No habia aun matado la lámpara, cuando esta sala baja fue invadida por tres bandidos egipcios, que forzaron la ventana.

Sam. Oh! Dios mio!

Est. Rodolfo... tal es su nombre... se precipita á su encuentro, y de un solo golpe derriba á sus pies al primero que se presenta... Otro le ataca... y el tercero se arroja sobre Margarita y sobre mi... Ya sentia sobre mi pecho la punta de su puñal, cuando Rodolfo, olvidándose del peligro que le amenazaba, deja de defenderse del enemigo que le acometia, y atraviesa de una estocada el corazon de aquel que iba á asesinarme.

Sam. Valeroso jóven!

Est. El tercero, el único que quedaba aun en pié, aprovecha un momento para escaparse por la ventana; pero antes asesta por la espalda una puñalada á nuestro defensor, y Rodolfo cae á mis pies!

Sam. Gran Dios!.. Muerto?

Est. No, padre mio, pero estaba desvanecido á causa de la herida, y fué necesario transportarlo... y dejarle aquí.

Sam. Y le habrás cuidado con esmero, siendo esta casa la suya?

Est. Ay de mi! Durante mas de un mes, Margarita y yo le asistimos con todo cuidado, y le salvamos. Oh! si le hubieseis oido darme las gracias por lo que él llamaba un sacrificio! Si supieseis en qué términos espresaba su reconocimiento!

Sam. (*con suma bondad.*) Vaya, hija mia... ahora lo adivino todo; lo que tú podrias añadirme, lo sé ya. El te hablaba de agradecimiento, con el mismo lenguage que usa el amor; no es eso?.. Y tú has amado al que salvó tu vida?

Est. Padre mio! (*bajando los ojos.*)

Sam. Pues bien, hija mia, tú me dirás dónde está ese noble jóven; al que debo tu salvacion; me dirigiré á él para darle las gracias, y yo sabré si es la mano de mi hija lo que pide por premio de su sacrificio, si á su lado serás tu dichosa. Dónde, dónde está ese generoso Rodolfo?

Est. Ah! Lo ignoro, padre mio, desde hace doce dias!

Sam. Y bien?

Est. Se ha marchado.

Sam. Marchado? A dónde?

Est. No lo sé.

Sam. Qué te ha dicho el dia de su partida?

Est. Desapareció sin haberme dicho nada antes de su marcha.

Sam. Pero desde ese dia?..

Est. No he tenido ninguna noticia.

Sam. Ni una palabra antes de abandonarte? Ni una carta despues? Oh! tú te engañabas, hija mia; y por tu relacion, yo me engañaba tambien... Ese jóven no te ama; lo ves? Y no ha tenido valor para confesártelo.

Est. (*mirándole con sorpresa.*) Es eso verdad, padre mio? Oh! si... si... es cierto!.. El no me amaba... y ha logrado engañarme... Pero vos, padre mio, oh! vos lo habeis dicho al instante... El me engañaba, y no me ama!.. Oh! Dios mio, qué hacer? Qué partido tomar! La muerte, Dios mio! la muerte antes que la deshonra!

Sam. Hija mia... yo no te entiendo. (*espantado.*)

Est. Y qué!.. Estas lágrimas que me ahogan, no os dicen mi desesperacion?.. Pues qué, sobre mi afligido rostro no habeis leido mi vergüenza?

Sam. Desdichada! (*con una esplosion terrible; Ester cae arrodillada á sus pies.*) Oh! Calla... Calla... Y el infame ha desaparecido, despues de haberse burlado de ti villanamente! Despues de haberte mentido, no es esto? Despues de haberte prometido, en cambio de tu amor, su amor, y su nombre? Su nombre, cuál es? (*levanta á su hija.*) Ester, vas á decirme el apellido de ese Rodolfo, porque tendrá una familia... ¿la conoces tú?

Est. Ay de mi! Yo solo le conozco á èl... á él solo! (*llorando.*)

Sam. (*furioso.*) Nada, nada; ni una señal! Oh! pero yo le encontraré!.. Yo te echaré la mano, ladron de noche... A ti que has venido á defender el oro del banquero, y que te salvas, llevándote el honor de la hija!.. Oh! maldicion! Maldicion sobre ti!

Est. Padre mio... padre mio... me haceis temblar!

Sam. (*con una mirada amenazadora.*) Perdon para ese hombre... para ese hombre que hace de ti una muger perdida!

Est. (*con horror y desesperacion.*) Oh! matadme, padre mio, matadme, porque yo no puedo vivir asi!..

(Samuel, vuelto en si por el dolor de su hija, dá dos pasos atrás y cae desvanecido sobre su sillon, Ester, aniquilada por el esfuerzo que acaba de hacer, continua en pie, pero sosteniéndose apenas.)

O mas bien, no .. dejad que sucumba á mi dolor. Ved... harto cambiada estoy ya; no debeis conocer á vuestra Ester... Oh! el corazon de una mujer no puede soportar por mucho tiempo lo que yo sufro!

Sam. Morir tú! (*llorando.*) Pero es qué yo no quiero que tú mueras!.. Tú, mi querida y única hija! Sin ti, qué haré yo sobre la tierra? Oh!.. dime, Ester mia, dime que quieres vivir aun.

Est. Pues bien, padre mio, si es verdad que soy el consuelo, la alegria de vuestra vejez, haced al menos que no sea su oprobio! Oh! si quereis volverme á la vida, haced, padre mio, que pueda recobrar mi honor... Yo viviré, siempre que pueda vivir sin ruborizarme.

Sam. Si, hija mia, si; yo te lo prometo, tu honra quedará satisfecha... Si, yo encontraré á ese hombre, aunque para ello sea necesario derramar todo el oro que yo reunia para hacerte dichosa, y te juro que ese hombre, que tiene entre sus manos tu honor y tu vida, ese hombre será tu esposo!

Est. Emmanuel! (*con asombro al ver entrar á Emmanuel.*)

ESCENA IX.

Los mismos, Emmanuel.

Emm. Padre y señor, en este momento acabo de separarme del conde Palatino, que quiere hablaros hoy mismo.

Sam. (*como herido de un recuerdo.*) El conde Palatino!

Emm. Una litera, con las armas del príncipe, os espera á la puerta.

Sam. Ester, no es en la comitiva del conde Palatino en la que me has dicho que iba Rodolfo?

Est. Si, padre mio.

Sam. Hija, toma tu velo y disponte á seguirme; los dos hemos de ir á la cita del príncipe. (*hace entrar á Ester por la izquierda.*)

Emm. Me permitis, señor, que salude á mi prometida?

Sam. Emmanuel, mi hija no puede ya ser esposa vuestra.

Emm. Qué decis? No me habeis dado vuestra palabra?

Sam. Olvidadla, porque, os lo repito, mi hija no puede ser vuestra esposa.

Emm. Por qué?

Sam. (Descubrir su deshonra! Jamás!) Despues lo sabreis, Emmanuel.

Emm. Despues! (De qué provendrá este cambio?.. Querrán burlarse de mi!)

Sam. (*Se ha acercado á una papelera y tomado un legajo de papeles.*) El Palatino me entregará al culpable, ó le despojaré de su principado, y hago del Vicario del Imperio un mendigo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon del Palacio del conde Palatino.

ESCENA PRIMERA.

Bonnivet *y un* Gentil-hombre.

Bon. Anunciad al almirante Bonnivet.

Gentil. Su alteza no está solo; está ocupado.

Bon. (*consigo mismo.*) Esperaré. (*El Gentil-hombre se retira al foro.*) El Almirante Bonnivet, Embajador del Rey de Francia, hacer antecámara á un príncipe Aleman!.. Al Conde Palatino del Rhin!.. A uno de ésos reyezuelos, cerca de los que en tiempos ordinarios, no envia siquiera el Rey mi señor un encargado de negocios! Es incalculable lo que yo consumo aqui de paciencia y de dinero! A fé que llevan buen paso los cuatro mil escudos del Rey! Daria cualquier cosa por saber que hace para derrotarnos nuestro célebre rival el Rey de España! Me parece que se bate en retirada. Los comerciantes de Amberes le habrán negado, sin duda, los auxilios que le ofrecieron, y debe estar en una triste situacion... mientras que yo voy ganando terreno. Cada vez me confirmo mas en la idea de que los Alemanes no son grandes cabezas... Lo importante aqui, es conocer el flaco de cada uno; por ejemplo, el de este buen Conde Palatino, segundo Vicario del Imperio, que es un ambicioso... y no mas; un hombre que solo desea reunir bajo su mando los dos grandes círculos del alto y bajo Palatinado. Halaguemos su manía; prometámosle todo... y luego se concederá lo que se pueda. (*Tomando una pluma y un papel.*) En vez de estarme aqui sin hacer nada, anunciémosle mi visita con dos renglones; cuatro palabras que le deslumbren. (*escribiendo.*) «He recibido la seguridad del Rey mi señor.» (*habla.*) Una mentirilla diplomática! Cuesta esto tan poco y vale tanto! (*continua escribiendo; el Margrave sale por la derecha.*)

ESCENA II.

El Margrave, Bonnivet.

Margr. (*sin ver á Bonnivet.*) Cuál será la intencion de mi primo el Palatino? De qué procede su generosidad? Me ha ofrecido su bolsillo... que he empezado por aceptar... Pero por qué quiere el Conde contar conmigo? ¿Será el agente secreto del Rey de España? Entonces tanto mejor!.. Ese es mi hombre, si es

verdad lo que dicen de sus riquezas.

BON. (*llamando...* Señor Gentil-hombre! (*El Gentil-hombre se acerca; Bonnivet le entrega un papel y aquel sale por la derecha.*)

MARGR. Ah! Diablo! El Embajador francés? (*viendo al Almirante.*) Qué hombre tan amable!.. Siempre ofreciendo y siempre dando.

BON. (*levantándose.*) Señor... (Con este hay que emplear otras armas; dádivas y lisonjas acuñadas.)

MARGR. Buenos dias, Almirante; vuestra fiesta de ayer fué muy lucida...

BON. Muy dichoso soy en que á V. A....

MARGR. Sin embargo, un poco costosa.

BON. Para mi?

MARGR. No, para los que jugaron.

BON. No pensará asi, segun creo, la señora Margravesa vuestra esposa.

MARGR. Cómo que no!

BON. Yo segui hasta las dos de la madrugada el juego de la princesa, y tuvo una suerte admirable!

MARGR. Si, amigo mio, pero de las dos á las cinco, qué diferencia!

BON. De verdad?

MARGR. Diez mil ducados, querido, diez mil ducados!

BON. Qué habreis pagado?

MARGR. Qué quisiera pagar... pero me hallo sin blanca.

BON. (Diablo!.. Este hombre me vá saliendo muy caro!..)

MARGR. Y no se puede molestar siempre á los amigos... que estarán, quizá, lo mismo que uno.

BON. (Ah! vamos, se pone en la razon.)

MARGR. Afortunadamente me han hablado de un banquero flamenco que hace dias ha llegado á esta Ciudad, y que dicen trae grandes sumas de dinero, con el objeto de ponerlas á disposicion de la alta nobleza.

BON. Un flamenco?

MARGR. Vander Ruysdal, de Brujas.

BON. (Un flamenco!.. Estará por el Rey de España... Diantre! No aguardemos á que me quite este voto!..)

MARGR. Adios, querido Almirante; voy á casa de ese buen flamenco.

BON. Qué decis, monseñor? Me hariais el agravio de acudir á otra parte mas que á mi?

MARGR. Es que esa cantidad podria poneros en apuro... Vuestro bolsillo es el de un particular.

BON. Es el bolsillo de mi Señor, vuestro primo el Rey de Francia, el que yo os ofrezco, y en nombre del cual tengo el honor de rogaros acepteis este bono. (*le presenta un papel.*)

MARGR. (*tomándole.*) De soberano á soberano desaparecen mis escrúpulos... Y ademas, que mi primo Francisco de Valois, sabe cuál es mi adhesion á su persona.

BON. Podrá contar con V. A.?

MARGR. En vida y en muerte... (Por esta firma tendré en casa de Didier dinero contante.)

BON. Me permitirá vuestra Alteza pedirle el primer favor?

MARGR. Hablad!

BON. Dentro de ocho dias... esto es, el 28 de Junio, dia de la eleccion, quisiera dar, para celebrar tan fausto suceso, una fiesta magnífica, superior á las que se han celebrado hasta aqui... un baile de máscaras... á la Veneciana... Es una costumbre importada de Italia! Quereis prestarme vuestro palacio para esa noche?

MARGR. Con mil amores; pero yo no poseo en Francfort mas que un Palacio... de alquiler, sin nada de lo que es necesario para...

BON. Oh! eso no importa; yo solo os pido el permiso de gastar esa noche, en vuestra residencia, quince ó veinte mil escudos franceses: la fiesta se dará en vuestro nombre, y estad seguro de que os hará honor.

MARGR. Libertad completa, querido Almirante; disponed de mi casa á vuestro antojo.

BON. Confio en que V. A. no me hará nunca la injuria de recurrir á los flamencos?

MARGR. Oh! nunca, querido, nunca! (Yo sabré en casa de Didier, si es por el Rey de España por el que se interesa el Conde Palatino... y lo que se puede esperar por este otro lado.) (*alto y alejándose.*) Adios, Almirante; siempre vuestro! (*vase por el foro: Bonnivet saluda respetuosamente.*)

ESCENA III.

BONNIVET, *El* GENTIL-HOMBRE, *despues el* PALATINO.

BON. Oh!.. si.. este estará por mí!.. Asi tuviera yo tanta seguridad en los otros cuatro votos, como la tengo en el de este, y en el del Conde Palatino. Ah! ya vienen á decirme que entre... Mi correo ha producido su efecto.

GENTIL. (*entrando.*) Su Alteza electoral hace presente al Sr. Embajador, el pesar que siente de no poderle recibir; pero un asunto de la mas alta importancia le impide recibir hoy al Sr. Almirante...

BON. (*quedándose cortado.*) Ah!.. En rigor nada urgente tenia que decirle y... (Respondo de él... Vamos á casa del arzobispo de Colonia, y desde alli á dar una vuelta por la del banquero Didier, porque... mi bolsillo se vá quedando exhausto.)

(Apenas se ha marchado Bonnivet, aparece el Palatino por la puerta de la derecha; vá á la del foro y mira hácia donde se ha marchado el Almirante, se vuelve y dice riendo!)

PAL. Pobre loco!.. El aplomo, la confianza, la candidez de un francés!.. Sin duda alguna que es hombre de talento, pero lo que es cálculo... ¿Por dónde diablos han pensado hacer de eso un hombre de Estado! (*al Gentil-hombre.*) Y el mercader, ha venido?

GENTIL. Está esperando.

PAL. Que entre, y cuidad de que nadie nos interrumpa. (*vase el Gentil-hombre.*) Leamos de nuevo las ofertas de Bonnivet. (*leyendo el papel que le envió Bonnivet.*) «He recibido las seguridades del Rey mi señor, de que el primer acto de su advenimiento al Imperio, será la reunion en un solo Electorado de todos los paises comprendidos bajo la doble denominacion de bajo y alto Rhin, y de que este Electorado será propiedad del Conde Palatino.» Mil gracias por el buen deseo, querido Almirante; pero yo necesito algo mejor que eso; algo que no puede darme el Rey vuestro señor; que puede darme el Mercader Didier, y que me lo dará.

ESCENA IV.

EL PALATINO, SAMUEL.

PAL. Acercaos, Maese Didier, y sentaos.

SAM. (*arrodillándose.*) Justicia señor, justicia! Yo vengo á pediros justicia.

PAL. Levantaos; para otorgárosla es para lo que os he mandado venir.

SAM. Luego sabeis ya?

PAL. Que un hombre, aprovechándose de vuestra ausencia, se ha hecho amar de vuestra hija...

SAM. Para deshonrarla! Y despues la ha abandonado, entregándola á la vergüenza, á la desesperacion, y ha desaparecido...

PAL. Por órden mia.

SAM. Habeis sido...

PAL. Quien le ha mandado prender.

SAM. Vos, señor! Ah! Me volvereis mi hija, la salvareis, no es esto? Obligareis á ese hombre á dar una satisfaccion!...

PAL. No os he dicho que para obtenerla estais aqui? Veamos, qué exijis?

SAM. Que sea esposo de mi hija.

PAL. Su esposo! Pero no reflexionais, Didier, que ese jóven puede pertenecer á una familia ilustre?

SAM. Y sin embargo, eso es lo que juró hacer.

PAL. La palabra de un caballero en es verdad muy sagrada, y si ese jòven... que yo conozco... ha dado la suya, la ha dado con la firme y decidida voluntad de cumplirla. Pero sobre su voluntad de veinte años, hay otra mas fuerte, y de la cual os será muy dificil triunfar; la de su padre, que orgulloso en estremo por su clase y alcurnia, no consentirá en un casamiento desigual.

SAM. (*con fuerza.*) Pero si es noble, yo soy rico! Y de una riqueza tal, que es mucho mas fácil, sin duda alguna, encontrar diez nobles como él, que un rico como yo.

PAL. (*sonriéndose.*) Creo lo mismo que vos, que puede compensarse una cosa por otra; y añadiré, que valido de la mucha influencia que como soberano ejerzo sobre esa familia, no dudo que acabarán por conocer las ventajas y la necesidad de una alianza con el señor Didier, toda vez que yo haya hecho con este un convenio solemne.

SAM. Pues bien, señor, el Mercader Didier os asegura que aceptará ese convenio, cualesquiera que sean las condiciones que querais imponer.

PAL. Las condiciones? Tened entendido, maese Didier, que yo no puedo, que no quiero imponeros ninguna; en este asunto todo dependerá de vos.

SAM. De mi? (*observándole mientras habla.*)

PAL. De vos... solo.

SAM. Bien está, señor... Creo comprenderos, y voy derecho al objeto. Depende de mi, decis, el que accedais á todo, para que yo obtenga una reparacion? Bien. Eso quiere decir, segun creo, que todos vuestros esfuerzos para conseguirlo, serán otros tantos sacrificios para complacerme; eso quiere decir tambien, que el Mercader Didier, el mas opulento banquero de Europa, es bastante rico para pagar, por muy caro que sea, todo lo que por él se haga; eso quiere decir ademas, que el Conde Palatino del Rhin, cuyos bienes estan empeñados y gravados con crecidos créditos; que ha enagenado una parte de su patrimonio, que el mejor dia puede verse despojado de lo que le queda, porque todos los titulos de sus propiedades sirven de garantía á sus acreedores, ó por mejor decir, á su acreedor, pues no tiene mas que uno, que es el Mercader Didier, y el príncipe lo sabe; eso quiere decir, repito, que el Conde Palatino se halla en la posicion de un hombre que no hace nada por nada... He comprendido bien, señor, lo que significan vuestras palabras?

PAL. (*con frialdad.*) Continuad.

SAM. A todo eso, señor, el mercader responde: «En cambio del honor que restituis á mi hija, y al nombre de su padre, yo os devuelvo toda vuestra fortuna. Es negocio arreglado, ó teneis que hacer alguna observacion?

PAL. (*mirándole un momento.*) Me agrada tu franqueza, Didier!

SAM. (*con frialdad.*) Pero os parece que no ofrece todavia bastante?

PAL. Es verdad,

SAM. Es que mi franqueza no sabe todavia á punto fijo, cuál es el precio de la vuestra.

PAL. Tambien es verdad.

SAM. Decid resueltamente vuestro deseo, señor; teneis al Padre, el comerciante no escatimará nada. Qué quereis, pues, Señor Conde?

PAL. (*con orgullo.*) Quiero ser Emperador de Occidente.

SAM. (*sorprendido.*) Emperador!

PAL. No me crees capaz de llevar el cetro?

SAM. Oh... no es eso, señor, lo que yo examino. Os creo con la fuerza y el talento necesarios para gobernar un Imperio; pero lo que no entiendo es, que deseando ser Emperador, os dirijais á mi, á un simple y humilde mercader, para que os dé un trono; eso es lo que no comprendo.

PAL. Y sin embargo, ese poder que te espanta y que ignoras, le tienes en tus manos.

SAM. En mis manos, señor? Qué poder me suponeis?

PAL. El mas fuerte de todos... el del oro.

SAM. ¿Y creeis que con el oro se puede... (*asombrado.*)

PAL. Se puede lo que se quiere... Cual es tu fortuna?

SAM. Es indispensable que lo sepais?

PAL. Rehusas dármela á conocer?

SAM. Por una sencilla razon. Yo mismo no lo sé.

PAL. Bien; pero tú poseerás, por lo menos, diez veces lo que yo poseo.

SAM. (*con satisfaccion.*) Oh! poseo diez veces mas... y cincuenta... y ciento tambien.

PAL. (*con alegría y con fuerza.*) Bien!... bien!... Compraremos el colegio electoral.

SAM. El colegio!

PAL. Si; comprendes ahora? Compraremos los votos de los electores... los pagaremos todos! A uno le daremos castillos... á otro una provincia... Al que es Duque... le haremos Rey; y al que Arzobispo... le haremos Papa.

SAM. Señor, hay tres Arzobispos... y no podemos hacer tres Papas...

PAL. (*sin escucharle.*) Para todo esto, qué se necesita?.. Oro, mucho oro.

SAM. Perdonad, señor, perdonad; permitidme que coordine mis ideas... Todo eso que decis es nuevo para mi... aunque creo que podrá ser verdad... Si... si... con el oro se debe hacer todo... y seguramente yo tengo mucho, tengo... (*deteniéndose.*) Ah!... pero puede suceder tal vez, que alguno de los aspirantes tenga mas que yo.

PAL. Imposible; ninguno de ellos es de temer por ese concepto. Las pretensiones de Enrique de Inglaterra no pueden ser formales; el jóven Rey Cárlos acaba de ocupar su nuevo trono de España; y ademas, su abuelo Maximiliano, cuando vivia, trató en vano hacerle elegir Rey de Romanos. En cuanto al Rey Francisco I, no tiene un escudo, porque le ha arruinado la conquista del Milanesado. Ya lo veis, todas las probabilidades están por vuestro pretejido; vuestra será la gloria de hacer un Emperador!

SAM. Y mi hija! Salvareis á mi hija?

PAL. Vuestra hija será la esposa del que ama... cualesquiera que fuesen el nombre, el rango y la alcurnia de ese hombre, porque esa será mi voluntad, la voluntad del Emperador. Ahora os digo yo á mi vez: «Es negocio concluido?» (*le tiende la mano.*)

SAM. (*tocándola.*) Señor Conde... he estrechado vuestra mano; entre nosotros los comerciantes, es palabra dada. ¿Qué debo hacer?

PAL. A mi me corresponden los primeros pasos, las

primeras indicaciones cerca de los electores... A vos os toca dar remate al asunto, hacer ofertas, arreglar las condiciones. Hoy mismo vereis á uno de ellos, á ese escelente Margrave á quien he dicho que se pase por vuestra casa; ya sabeis mejor que yo cómo le habeis de tratar. Me parece inútil deciros, que desde hoy, completo rompimiento con nuestros enemigos, puerta y bolsa cerrada para Bonnivet, para los flamencos y para todos los demas. Adios; dia por dia y hora por hora tenedme al corriente de lo que adelanteis; y pensad que todo lo que hagais por mi gloria, lo haceis tambien por el honor de vuestra hija.

SAM. Una palabra aun, señor; ¿el nombre del que ofreceis darme por yerno?

PAL. Es un secreto que el Conde Palatino debe guardar; pero que oireis de la boca del Emperador. (*vá á salir.*)

SAM. (*deteniéndole con una mirada.*) De la boca del Emperador? Pero y si cuando seais Emperador, porque el oro del mercader haya hecho todo lo que sea necesario para ello, os pareciera entonces conveniente rehusar al Mercader...

PAL. Teneis desconfianza? Pues bien, para que no tengais duda alguna de mi sinceridad, os empeño aqui mi palabra de soberano, que antes de terminarse el dia, conoceereis al futuro esposo de vuestra hija. (*vase por la derecha.*)

ESCENA V.

SAMUEL, *solo.*

Es esto un sueño? Estoy bien despierto? Es verdad lo que acabo de oir... y lo que acabo de prometer?.. Yo le he ofrecido á este hombre darle un Imperio... Eh!.. pero por Abraham... soy yo algo sobre la tierra? Samuel el judio, Samuel el infiel, Samuel el desterrado vá á hacer un Emperador!.. Dar él un señor al mundo, cuando para alcanzar un pedazo de tierra donde vivir, ha tenido que cambiar de nombre, negar á su Dios, renegar de si mismo! Ah! estaba sin duda inspirado cuando me decia en algun tiempo; seamos rico! No me engañaba, no, cuando pensaba contemplando á mi Ester... Pobre niña, naciste en humilde cuna; perteneces á una raza proscripta y despreciada! tu padre se afanará para que seas rica... muy rica... el oro lo disimula todo, y el oro te hará ilustre, noble y respetada como la hija de un baron del sacro Imperio!..» Hija mia, querida!.. Cerca de aqui me espera... Oh!.. voy á llevarla una palabra de consuelo. (*vá á salir y se detiene.*) Pero caminará de buena fé el Conde? Le conozco... ambicioso con esceso... no hay nada sagrado que no sea capaz de sacrificar á su interés... Si, pero aqui su interés le obliga á ser sincero... Viviremos prevenidos; hoy mismo me ha dicho que conoceré á ese hombre, y que ese hombre es uno de los primeros de su corte... Oh! la impaciencia me mata. (*Permanece absorto en sus reflexiones; Rodolfo sale con precipitacion por el foro: un Gentil-hombre del Palatino le sigue.*)

ESCENA VI.

RODOLFO, GENTIL HOMBRE, SAMUEL.

OD. Libre! Por fin me veo en libertad! (*al Gentil-hombre.*) Y es monseñor quien ha dado la órden?

ENTIL. Hace un instante: y ha añadido, que quiere encontrar aqui á V. A. en el momento que salga.

OD. Está bien... Le esperaré aqui. (*vase el Gentil-hombre.*)

M. (*ap. sin ver á Rodolfo.*) Cuánto me cuesta volver al lado de mi hija, sin poder decirla, Ester ya sé su nombre.

ROD. Qué veo! Es ilusion! (*mirando á Samuel.*)

SAM. (*reparando en él.*) (Aqui hay uno de los del Palatino; si me atreviese á preguntarle!)

ROD. (No... no me engaño; es él!)

SAM. Jóven, me conoceis?

ROD. Si le conozco! Al que me salvó en mi niñez! Al que me devolvió á mi madre!

SAM. No recuerdo...

ROD. Oh! yo me acuerdo muy bien. Vos habeis podido olvidarme, porque ya soy un hombre, y entonces era un niño; pero el niño ha conservado en su corazon la imágen del anciano.

SAM. Esplicaos...

ROD. Hace diez años que un hombre, Francisco Sikingen, que todavia es un poder en Alemania, era ya terrible como gefe de aventureros. Hoy está á la cabeza de un cuerpo franco; pero en aquella época mandaba una cuadrilla de foragidos. Este hombre acababa de incendiar é imponer una gran contribucion á una Provincia del Palatinado, y llevaba en rehenes á muchos pobres niños, cuyos padres no habian podido pagar su rescate; yo era uno de aquellos niños.

SAM. Seriais vos, por ventura, aquel cuya madre, que vivia en las cercanias de Heidelberg, siguó á pie al robador de su hijo, hasta las puertas de Francfort?

ROD. Y vos sois, hombre generoso, el que viendo las lágrimas del hijo, y la desesperacion de la madre, pagó de su bolsillo los cuatro mil florines que exigian por mi rescate. Oh! desde ese dia, bienhechor mio, cuanto he pensado en vos!

SAM. (*estrechándole las manos.*) Escelente jóven! Y despues, qué habeis hecho? La fortuna os ha favorecido... no es verdad? Sois dichoso?

ROD. Dichoso! Debia serlo... porque soy rico... y soy principe...

SAM. Principe!

ROD. Eso debe sorprenderos, habiéndome conocido pobre y sin apoyo. Mi nacimiento... hoy puedo decirlo, mi nacimiento fué el fruto de una falta, cuyo secreto no me fué revelado por mi madre, sino en su lecho de muerte. Algunos dias despues, cuando me creia huérfano, fui reconocido por mi padre, y declarado presunto heredero del Conde Palatino del Rhin.

SAM. El Conde Palatino es vuestro padre!

ROD. Y yo os suplico, mi querido y antiguo amigo, que me permitais presentaros á él... Teneis que hacerle alguna peticion? Que solicitar alguna gracia? Proporcionadme la ocasion de que pueda serviros.

SAM. Si V. A. me permite...

ROD. Oh! nada de Alteza entre nosotros! Llamadme siempre vuestro amigo.

SAM. Pues bien, mi jóven amigo, decidme, os seria fácil presentarme reunidos todos los caballeros y gentiles-hombres que componen la casa del Conde Palatino?

ROD. Nada mas fácil, pues esta es la hora en que se reunen en la galeria inmediata; si quereis seguirme...

SAM. Quisiera no acompañaros solo; aqui cerca me espera una jóven... y si me permitis...

ROD. Ya os lo he dicho, estoy á vuestras órdenes completamente.

SAM. (Ester le reconocerá si está entre ellos...) (*vase precipitadamente por la izquierda.*)

ROD. (*solo un momento.*) Cuál es su designio? Su deseo no puede ser solo efecto de la curiosidad... (*mirando hácia la izquierda.*) Ya vuelve; la dama viene tapada! Qué misterio?

ESCENA VII.

RODOLFO, SAMUEL, ESTER *cubierta con un velo.*

SAM. Vamos, hija mia, vas á verle. Dá la mano á este caballero.

EST. Cielos! (*reconociendo á Rodolfo.*)

SAM. Qué tienes, hija mia?

EST. Es él..! Es Rodolfo. (*bajo á su padre.*)

SAM. Rodolfo!.. Qué oigo? Qué! Sereis vos...

ROD. Yo soy Rodolfo, Conde de Heidelberg. Qué teneis, amigo mio?.. A qué esa cólera al oir mi nombre?.. Qué os ha dicho esa jóven?

SAM. Quereis saber lo que me ha dicho? Me ha dicho, que el príncipe Rodolfo, que reconoce despues de diez años el rostro del que le salvó, no reconoce á los doce dias la voz de la que ha deshonrado! (*arranca el velo á su hija.*)

ROD. Qué veo!.. Ester aqui! Creeré á mis ojos?

SAM. Ah!.. si... preguntad á vuestros ojos si no se engañan; preguntadles si es esta Ester vuestra víctima, aquella bella y lozana flor que visteis la primera vez! Hoy apenas la conoceis, ¿no es verdad? al verla pálida y moribunda?.. Conde de Heidelberg, aqui teneis vuestra obra. Hace un instante, en este mismo sitio, V. A. se ha dignado darme las gracias por un favor que en otro tiempo le hice, y que no recordaba; á mi vez, príncipe, tengo yo que dároslas hoy por lo bien que pagais mis beneficios.

ROD. Oh! Perdonad! perdonad! (*doblando una rodilla.*)

SAM. Yo os di la libertad, os volví á vuestra madre, y vos en premio de lo que hice, habeis infamado, asesinado á mi hija... Si, asesinado, porque es vuestra traicion... vuestro cobarde abandono el que la mata.

ROD. Yo! Abandonarla!.. Oh!.. no soy culpable de esa perfidia, lo juro por todo lo mas sagrado que hay para mí en el mundo; lo juro por el recuerdo de lo que hicisteis por mi cuando era niño. Si hace doce dias que he desaparecido, no es que haya sido perjuro á mi amor... á mis juramentos .. No; es que hace doce dias, de improviso y por órden de mi padre, he sido arrestado... encerrado aqui, con centinelas de vista... Si falto á la verdad que muera en este momento!

EST. (Qué dice?)

SAM. (En efecto... El palatino me dijo que de órden suya... Y la amais?

ROD. Si la amo! A la que he prometido... á la que todavia juro llamar mi esposa!

EST. (Su esposa!.. Oh! Dios mio! tendreis piedad de mi!)

ROD. Ester, una palabra, una palabra de vuestra boca, y decid á vuestro padre que os acordais de mis juramentos, y que os acordais para creerlos! Cuando los recibisteis no dudasteis de mi sinceridad; pues bien, hoy que os vuelvo á ver, os juro que mi felicidad, que mi gloria seria poder ofrecer á vuestros pies el mundo entero!

EST. Padre mío! (*á Samuel.*)

SAM. Si, hija mia, si... es á tu padre á quien toca responder. Rodolfo, en vano trataria de no dar crédito á vuestras palabras; no puedo tener contra vos ira ni desconfianza, porque ese aspecto de lealtad y franqueza que en otro tiempo me inspiró el pobre niño... le encuentro hoy en el rostro del niño hecho hombre, del pobre hecho príncipe.

EST. Oh! príncipe!.. él! Rodolfo!

SAM. Que ese título no te asombre, hija mia; el príncipe será yerno del mercader, porque su padre acaba de darme su palabra de soberano.

EST. Oh! dicha!

ROD. Qué! Mi padre consiente! Ah! por eso sin duda es por lo que hace un momento me ha puesto en libertad, dándome la órden de venir á esperarle aqui.

SAM. (*con viveza.*) Qué decís? Habeis venido á este sitio por órden suya? No es el acaso, es su voluntad la que os ha enviado á mi lado? Ah! gracias, príncipe, gracias por lo que me contais. Me avergüenzo de decíroslo, pero he dudado un instante de vuestro padre... Ya que él cumple tan noblemente su palabra, y que segun me prometió, antes de concluir el dia he de conocer al futuro esposo de mi hija; escuchadme... (*saca del pecho los papeles que cogió en el primer acto.*) Tengo aqui, en mi mano, toda la fortuna de vuestro padre; sus títulos en este momento no son suyos, son mios; pues bien, á vos, á mi yerno, se los confio. (*se los dá.*) Vuestro padre os dirá lo que he prometido hacer por él en cambio de la palabra que me ha dado de que seriais esposo de mi hija; y cuando os haya repetido que está pronto á cumplir todas las condiciones estipuladas entre nosotros, devolvedle de mi parte todas sus riquezas. Es la primera prenda que responde de la escrupulosa fidelidad con que pienso hacer por él lo que él hará por mi!

GENTIL. (*saliendo.*) S. A. el Conde Palatino!

SAM. (*á Rodolfo.*) Guardad esos títulos. Voy á despedirme del príncipe, pues no quiero estar presente cuando trateis de ese negocio. (*Rodolfo guarda los papeles.*)

ESCENA VIII.

RODOLFO, EL PALATINO, SAMUEL, ESTER.

PAL. Me alegro de veros todavia aqui, Didier, y de encontraros con el príncipe Rodolfo.

SAM. (*con espresion.*) Con el príncipe Rodolfo, y con mi hija.

PAL. Muy bien. Espero que estareis contento?

SAM. Si, señor Conde, me retiro contento, porque llevo la certeza de que voy á trabajar por la felicidad de mi hija.

PAL. Hablad... os queda todavia alguna desconfianza?

SAM. El príncipe Rodolfo os dirá que no.

PAL. Apresuraos pues! Yo voy á ver á los Electores; al arzobispo de Colonia el primero; mañana os daré noticias suyas.

SAM. Yo haré de manera, señor, que el Margrave de Brandeburgo os traiga las mias. Os dejo, príncipe, para cumplir todo lo que os he prometido. (*vase con Ester.*)

ESCENA IX.

EL PALATINO, RODOLFO.

PAL. Ah! Esa es su hija! Es bonita en efecto!

ROD. Un ángel, padre mio, un ángel, y Didier me ha dicho que dais á todo vuestra aprobacion.

PAL. Si, á todo lo que él haga por mi futura grandeza.

ROD. Y qué ha prometido? Creo que es asunto sobre vuestros dominios electorales?

PAL. Ha ofrecido cambiar mi corona de Conde en corona Imperial.

ROD. Aspirais al imperio, Monseñor?

PAL. Didier pagará los gastos de mi eleccion. Yo seré Emperador de Alemania, y vos príncipe, Rey de Romanos.

ROD. Qué? Es un trono lo que yo partiré con Ester? Son esos los pactos que habeis hecho con su Padre?

PAL. (*yendo á sentarse al lado de una mesa que está á la izquierda.*) Si... yo he prometido... y me ha parecido que el Mercader daba crédito á mis promesas.

ROD. (*sacando del pecho los papeles.*) Como prueba de

su confianza, ese hombre generoso llamándome su hijo... (*le vá á presentar los papeles.*)

PAL. Su hijo... (*sonriendose.*) Cómo! Ya os llama su hijo?.. Magnífico!

ROD. (*con suspicaz reserva.*) Os reis, señor? Acaso vuestra intencion?.. Oh! no, vos no querreis engañarle.

PAL. Estais loco?.. Los que se engañan son ellos.

ROD. Pero y si cumple la palabra que os ha empeñado?

PAL. De hacerme Emperador? Razon mas para no poder yo cumplir la mia. Hijo único de un Emperador, no conservareis, segun creo, la ridícula idea de casaros con la hija de un mercader.

ROD. (Oh!.. que perfidia!.. Y él, cuya noble franqueza..)

PAL. Qué papeles son esos? Alguna súplica de que os habeis encargado..?

ROD. No, padre mio... no... papeles de ningun valor... unos apuntes... relativos á la organizacion de una nueva milicia... trabajo incompleto todavia. (*ap. metiendolos en el pecho.*) No... no tengo derecho para entregarlos; es á Didier á quien debo hacerlo.)

PAL. Veremos esa obra cuando esté concluida... Continuad ocupándoos de ella en vuestros ratos de ocio... Yo voy á hacer la corte á mis Electores. Antes de un mes vendrán ellos á aumentar la mia... y la tuya tambien, hijo mio. Hola! (*llamando.*) (*La puerta del foro se abre y se vé la galeria llena de guardias y escuderos.*)

ROD. (Que salga yo, y Didier lo sabrá todo.) Me permitis, señor, que os acompañe?

PAL. (*con intencion.*) No, Rodolfo, quedaos. Habeis visto esta mañana á Didier, porque asi convenia á mis proyectos... (*con autoridad.*) Pero ahora quiero que permanezcais aqui. (*á un oficial.*) Capitan, vuestra consigna no ha cambiado; que bajo ningun pretesto el principe salga de Palacio. (*sale por el foro seguido de los guardias.*)

ROD. Oh! Dios mio! la ruina de mi bienhechor es la deshonra de mi padre! Y yo no estoy libre! (*cae anonadado sobre un sillon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un magnífico salon de casa de Samuel.

ESCENA PRIMERA.

EMMANUEL, *varios criados. Emmanuel, sentado en un sillon; los criados al rededor suyo.*

CRI. Os repito que no podeis permanecer aqui.

EMMA. Y yo te repito, que entro y permanezco aqui á todas horas y todos los dias, segun me acomode.

CRI. Desde ayer estamos al servicio del señor Didier, y no conocemos mas que la órden que nos han dado de no dejar entrar á nadie en el salon, antes que el amo se haya presentado; los que vienen, inscriben sus nombres en la lista que está en la antecámara.

EMMA. Y desde cuándo se hace antecámara en casa del mercader Didier?

CRI. No es tan mala la sociedad que se reune en ella... En nuestra lista hay duques y principes.

EMMA. (*sin atenderle.*) Y este antiguo salon de familia, por lo regular sombrío, lleno de polvo, está limpio y deslumbrador. Sus doradas molduras relucen como el primer dia que se hicieron. Su yerma soledad se ha poblado de repente de holgazanes con libreas de oro y plata.

CRI. (*con cólera.*) Decididamente, saldreis...

LOS DEMAS CRIADOS. (*haciendo un movimiento.*) Si, si, que salga!

EMMA. (*levantándose con aire amenazador.*) Fuera de aqui, chusma insufrible, ó desgraciado del que se atreva... (*ruido confuso de voces: Samuel aparece por la izquierda ricamente vestido.*)

ESCENA II.

El CRIADO, SAMUEL, EMMANUEL.

SAM. A qué viene ese ruido? Ah! sois vos, Emmanuel? Sentaos.

CRI. Señor...

SAM. (*con autoridad.*) Silencio... La lista. (*el criado se la da con una carta.*) Son los que han venido ayer?

CRI. Y que volverán hoy.

SAM. (*leyéndola.*) «El almirante Bonnivet...» Para este, no estoy. «Vander Ruysdal, de Brujas...» Para este, tampoco. «El Margrave de Brandeburgo...» Para este si. Una carta... (*la abre.*) Es del Palatino. (*leyendo.*) «Aviso importante. He visto al arzobispo de Colonia; sus acreedores le obligan á vender hoy su magnífica galería de cuadros; Bonnivet ha prometido rescatársela; adelantaos al almirante, y el arzobispo es nuestro.» Llegaremos antes que el buen almirante, que no tiene una blanca; la prueba es, que ha venido á llamar á mi puerta. (*continua leyendo.*) «Habeis visto al Brandeburgo?» No, pero voy á verle. (*leyendo.*) «Otra noticia, que no puedo creer; el rey de España está de incógnito en Francfort; si fuese cierto, las leyes del Imperio me autorizan para hacerle prender; informaos, y pensad en mí; yo pienso en vuestra hija!» Perfectamente! (*reflexionando.*) El rey de España!.. En efecto, no me engañé. (*al criado, devolviéndole la lista.*) Estoy en casa tambien para los señores Vander Ruysdal, de Brujas. Ahora, avisad á mi hija que la espero, y dejadnos. (*los criados se van por el foro; el primero entra por la derecha, y aparece un momento despues seguido de Ester.*)

EMMA. Qué quiere decir todo esto? Me esplicareis lo que veo hoy, y lo que ayer me dijisteis?

SAM. Lo que tengo que decirte, Emmanuel, te lo diré en presencia de mi hija; héla aqui.

ESCENA III.

ESTER, SAMUEL, EMMANUEL.

EMMA. Ya os escucho, Isaac-Ben-Samuel.

EST. (*á Emmanuel, con viveza y suplicándole.*) Oh! Callad!

SAM. Déjale, hija mia; cualquiera que sea el peligro que haya en que alguno diga ese nombre, déjale que le pronuncie, ya que ha creido necesario hablarme asi, para recordarme sin duda los sagrados lazos que nos unen.

EMMA. No tengo derecho para creer que los habeis olvidado?

SAM. Emmanuel, tú eres el hijo de Eleazar, que fue tio de mi muger, y que pereció al mismo tiempo, y del mismo modo que Sara; no lo he olvidado; prometi quererte como á mi hijo, y asi lo he hecho, y te amo con el cariño de padre.

EMMA. Pero son esas todas vuestras promesas?.. No me ofrecisteis que seria esposo de vuestra hija, y habeis con esa esperanza alentado mi juventud? Me enviasteis á Italia, y me dedicasteis al comercio, porque deciais que vuestra hija no podria casarse mas que con un comerciante. Y cuando despues de cuatro años habeis venido vos mismo á sacarme de mi destierro, qué me habeis dicho en el camino? «Emma-

nuel, vas á volver á ver á la que dentro de pocos dias será tu esposa.» Y ahora vos mismo me rehusais su mano!

SAM. Todos tus recuerdos son exactos, asi como todas mis palabras eran sinceras; pero querrias tú ser dueño de su mano, y no de su corazon?

EMMA. Qué quereis decir, Samuel? Y vos, Ester, decidme... debo creer las palabras de vuestro padre?.. Es verdad que no me amais lo bastante para ser mi muger?

EST. (*temblorosa.*) Emmanuel, perdonadme, perdonadme, hermano mio!

EMMA. Vuestro hermano!.. Ah!.. si; asi era como me llamabais hace cuatro años... cuando erais todavia demasiado niña para comprender mis palabras de amor. Pero hoy, Ester... Oh! no es el afecto de hermano... no es el nombre de hermano el que os reclamo; me atrevo á esperar el titulo de esposo!.. (*movimiento de Ester.*) Oh! Callais! Callais!.. Ahora mismo os pido una respuesta... y temo el escucharla. No me digais, Ester, que es necesario que renuncie á la esperanza de poseeros... porque, ya lo veis, os amo hasta el estremo de no poder olvidaros... Oh! cualquiera que sea vuestra indiferencia hácia mi, sed mia, Ester, sed mia... y yo os amaré tanto, que, os lo juro, acabareis por amarme tambien.

SAM. (*con calma.*) Te lo he dicho ayer, Emmanuel, eso es imposible.

EMMA. Oh!... siempre esa palabra de desesperacion!... Siempre ese acento reservado y frio... ese rostro impasible, en el que no puedo leer mas que la sentencia que me condena, sin sospechar los motivos!... Yo quiero saberlos.

SAM. Y yo te repito que no ha llegado el momento de decírtelos. Mas tarde, los sabrás todos; lo sabrás todo, por mi, yo te lo juro!

EMMA. Faltais hoy á lo que me habeis jurado, y quereis que todavia crea en vuestros juramentos? Oh! no: me habeis engañado ya... me engañareis otra vez.

SAM. La cólera te ciega, Emmanuel, y te hace injusto.

EMMA. (*con ira.*) Vos sois, vos, el que falta á la justicia y á su palabra...

EST. Padre, padre mio; advertid su furor, su delirio! Os insulta, cuando era á mi sola á quien debia acusar!.. No le oculteis nada, padre mio; no quiero que por mi causa os sonroje... Mia debe ser la humillacion... Quiero decírselo todo...

SAM. (*con tono imponente.*) Ester, por toda la autoridad que el cielo me ha dado sobre ti, te ordeno que calles! (*bajo á Ester.*) Que no sepa la deshonra de mi hija, hasta que conozca la reparacion.

EMMA. (*que le observa.*) Bien, Samuel, bien; esta jóven no tiene todavia el descaro suficiente para mentir, y la verdad quiere escaparse de sus labios; pero afortunadamente estais vos ahi para sostener su inesperiencia... Ah! digno empleo para un padre! Mas, por el cielo! (*con cólera.*) Qué iba á decir? Que tengo un rival quizá!..

SAM. Y cuando asi fuese?..

EMMA. Un rival!.. Pero quién es? Ninguno de nuestros hermanos en Dios os conoce como tal; para todos ellos sois cristiano... y espero que no pensareis en unir á vuestra hija con un cristiano?

SAM. Discípulos de Moises ó de Cristo, todos somos hijos de un mismo Dios.

EMMA. Blasfemo! Serás capaz de abjurar?

SAM. No; naci judío y judío moriré; pero mi hija es libre.

EMMA. Libre para hacerse cristiana?

SAM. Libre para seguir la ley que quiera, como para elegir el esposo que sea de su agrado.

EMMA. Son esas vuestras últimas palabras, Samuel?.. Es eso lo que teneis que responderme, cuando os exijo el cumplimiento de la obligacion que conmigo contrajisteis?

SAM. Quizá me maldecirias algun dia si la cumpliese.

EMMA. Todo esto es una impostura!.. Pues bien, escuchad tambien vosotros mis últimas palabras: Emmanuel no sabe mas que amar ó aborrecer. Os ha amado hasta este momento, y está dispuesto á amaros, á vos, como á su padre, á ella, como á su esposa adorada; pero si le dejais salir sin otorgarle la palabra que ha venido á buscar, sin haber alcanzado los títulos de hijo y de esposo, saldrá de esta casa con el rencor de un enemigo, de un enemigo implacable.

EST. (*suplicándole.*) Emmanuel!

EMMA. Mi amor, ó mi odio; escoged!

SAM. Emmanuel, estás fuera de ti... te compadezco... pero lo que pides, es imposible!

EMMA. (*con voz terrible.*) Temblad pues; y guardad vuestra compasion para vosotros mismos. (*vase furioso.*)

ESCENA IV.

ESTER, SAMUEL.

EST. Oh, Dios mio! Qué irá á hacer?... Su cólera me asusta.

SAM. (*pasando á su lado, para tranquilizarla.*) Vamos, vamos, tranquilizate... No veo razon para asustarse asi... Estás temblando... Tus manos estan heladas... Serénate, hija mia, serénate.

EST. (*con voz debilitada.*) No, padre mio, no; estoy bien; pero la emocion...

SAM. Te pones pálida! Ester, hija querida, qué tienes? Qué quieres?

EST. Nada... nada... (*se desmaya.*) Un vaido... no sé lo que siento...

SAM. Cielos! Hija mia!.. No me oye... Qué haré!.. Socorro! Ah! esta esencia... (*toma un frasquillo de la mesa, y le hace aspirar.*) No permitas que la pierda, Dios mio!.. Cuando estaba seguro de salvarla!.. No: vos no lo permitireis, Señor... Ester; vuelve en ti. Soy yo, hija mia... Es tu padre! No me conoces! Respóndeme...

EST. Nada... ya no tengo nada... el sobresalto... Oh!... ese hombre me ha dado miedo! Su voz era terrible... «Temblad... y guardad vuestra compasion para vosotros.» Oh! esas palabras ocultan algun pensamiento horroroso! Padre mio, si en su furor...

SAM. No, no; no temas nada... Emmanuel tiene la vehemencia de la juventud, mas tendrá tambien la nobleza de sentimientos de esa edad; no llevará la cólera hasta la ingratitud.

EST. El cielo os oiga!

SAM. Comprenderá sin duda alguna, que debe existir un motivo muy poderoso que me obligue á faltar á mis promesas. Y ademas, aun cuando persistiera en su ciego furor, seria este de corta duracion, porque antes de mucho podré decírselo todo; porque serás esposa de Rodolfo.

EST. Lo creeis?

SAM. (*con dulzura.*) Cómo que si lo creo?.. Estoy seguro de ello; y tú, que quieres hacerme dudar hoy, no dudabas ayer... Cuando él estaba á tus pies, renovando sus juramentos... Lo concibo... era él mismo, era tu amado el que te lo decia; su voz es mas persuasiva, mucho mas persuasiva que la mia. No es

verdad?

EST. (*abrazándole.*) Mi buen padre!

SAM. Cómo te encuentras, hija mia! Mejor, no es eso?

EST. Bien, siempre bien, sobre vuestro pecho.

SAM. (*abrazándola*) Querida hija, estás mejor? Quieres que llame á Margarita?

EST. No, no necesito nada mas que veros... oir vuestras palabras consoladoras... porque al lado vuestro es únicamente donde tengo valor... y creo en el porvenir.

SAM. Oh! tu porvenir se presenta risueño... Tú serás feliz. No dudo de Rodolfo; es un noble y leal corazon; en cuanto á su padre, tú has oido sus promesas.

EST. Su padre!.. Ah! cuando pienso que es príncipe soberano, quisiera olvidar que no soy mas que la hija de un mercader...

SAM. (*sonriendo.*) Vaya, Ester mia, ten confianza. Todos esos príncipes, son otras tantas figuras que se mueven haciendo jugar un resorte; y lo que tú nunca has sospechado es, que ese resorte está en manos de tu padre el mercader.

UN CRIADO. (*anunciando.*) Su alteza electoral, el Margrave de Brandeburgo.

SAM. Ahi tienes; sin pensarlo, he tocado el resorte, y las figuras empiezan á moverse. Hija mia, ve á descansar algunos instantes, y desecha toda inquietud: tu padre vela por tu dicha. (*la hace entrar por la derecha. El Margrave sale por el foro.*)

ESCENA V.

SAMUEL, *el* MARGRAVE,

MARGR. (*desde la puerta.*) Confio en que no os molestaré; sino, me retiro.

SAM. Entrad, señor; yo solo deseo serviros.

MARGR. Es decir, querido amigo, que servis solo al que quereis. Apuesto á que sois hombre de cambiar en buenos ducados sonantes este papelucho. (*se le presenta.*)

SAM. (*mirándole.*) Qué es?.. De Francisco I? Esto no tiene curso en mi casa.

MARGR. Sin embargo, Bonnivet me le ha endosado como dinero corriente.

SAM. Si Bonnivet no tiene dinero, con este papel no le encontrará.

MARGR. Qué decis? Pues entonces, quién va á pagar los gastos de la fiesta del dia 28?

SAM. Una fiesta?

MARGR. Magnífica... la noche de la eleccion... en mi palacio... Si pensará dejarme á mi el compromiso de pagar? Voy á revocar todas las órdenes...

SAM. La noche de la eleccion?... Tened la bondad de no dar contraórden. La funcion corre de mi cuenta.

MARGR. Ah!.. Diablo!.. Apoyais á algun candidato?.. Habeis visto á los señores Vander Ruysdal?

SAM. No los he visto, porque supongo que serán agentes del rey de España.

MARGR. Y no es por el español por el que vos trabajais?

SAM. No le adelantaré un solo florin.

MARGR. Pues descarto entonces al español. Os interesais por el rey de Francia?

SAM. Ya os he dicho que su firma no tiene curso en mi casa.

MARGR. (*calculando.*) Ni en favor de España, ni en favor de Francia!.. Estais acaso por un emperador del otro lado del mar?.. Por el inglés?

SAM. A qué buscar tan lejos, señor elector, lo que tenemos tan á la mano? Por qué no dar á la Alemania un emperador aleman?

MARGR. (*con aire de vacilacion.*) Un aleman?..

SAM. Yo os diré, lo que veinte veces os he oido á vos mismo: «el interés del Sacro Imperio es antes que todo;» pues bien, el interés del imperio no está en tener un emperador que permanezca siempre entre nosotros? Cuyos dominios y propiedades esten en el mismo imperio, de manera que este no sufra los ataques é incursiones estrangeras, sin que los bienes del emperador sean los primeros que sufran estos daños? A propósito, eran diez mil ducados los que vos necesitabais? No os molesteis en buscarlos; yo os los fio.

MARGR. Qué!.. bajo la garantía del Almirante?

SAM. Vuestra alteza no necesita en esta casa de garantías de nadie. Continuo mi razonamiento... Os vais penetrando de él..?

MARGR. Muy bien, muy bien; me gusta mucho vuestro modo de raciocinar. Teneis, querido mio, un modo de argumentar irresistible! Francamente, no pensaba que calzaseis tantos puntos en política. Deciamos pues, que lo que nos convenia era un emperador aleman... Vaya por un aleman!.. Pero es necesario escoger.

SAM. Ese no es negocio mio... Eso os corresponde á vosotros, señores electores. Unicamente, si á mi me pidiesen parecer, mi eleccion no seria dudosa.

MARGR. Y cuál seria vuestro elegido?

SAM. Adivinadlo. (A que se da á si mismo la preferencia?)

MARGR. Que lo adivine!... Eso es muy delicado, porque, en fin, yo no soy completamente desinteresado en el asunto.

SAM. Mayor razon para que conozcais particularmente las circunstancias de cada uno de los candidatos. Tambien el mio es muy conocido vuestro.

MARGR. Si? (A dónde irá á parar?)

SAM. Como deciamos hace poco, gefe de una casa soberana de Alemania...

MARGR. Ah! gefe de una casa? (A qué diablos me mirará tanto!)

SAM. Valiente sin temeridad, generoso sin ostentacion.

MARGR. Muy bien... Es jóven ó viejo?.. Cómo qué edad?..

SAM. Como... la vuestra.

MARGR. La mia? (Si será ilusion!)

SAM. Hombre de una alta capacidad...

MARGR. De una alta capacidad? (No hay duda.) Ya sé quién es...

SAM. Habeis adivinado?

MARGR. Seguramente. Soy yo.

SAM. Vos!

MARGR. Os agradezco, querido Didier, la justicia que me haceis, y vuestras ofertas de apoyar mis pretensiones al imperio con vuestro crédito y vuestra fortuna... Es verdad que no pensaba en ello; pero ya que me haceis proposiciones, las acepto y cuento desde ahora con un voto.

SAM. El vuestro?

MARGR. Precisamente. Ahora recuerdo haber leido en nuestros anales, que en 1410, Segismundo de Brandeburgo, dijo en igual caso para cortar cuestiones... «No conozco nadie mas digno del Imperio que yo.» Oido lo cual, amigo mio, fué elegido por unanimidad: pues bien, yo haré lo mismo.

SAM. Y si os encontraseis despues que vos solo erais de esa opinion?

MARGR. Yo solo? (*con aire descontentadizo.*) Ah! Didier, esa observacion es muy poco cortés.

SAM. Ya sabeis, monseñor, que yo sirvo á mis amigos, con otra cosa mas que con palabras. Los veinte mil ducados que acabo de ofreceros...

MARGR. Cómo decis? Veinte mil!...

SAM. Me he equivocado? Son treinta mil los que os hacen falta?

MARGR. Didier, sois el hombre mas amable y mas insinuante que he conocido! Cuál es vuestro candidato?

SAM. El conde Palatino del Rhin.

MARGR. (*con asombro.*) Qué decis?.. Un hombre sin fé ni ley!.. Un egoista que no piensa mas que en si, y que si le conviniera, pondria nuestra hermosa Alemania á los pies del turco Selim, ó del bandido Sickinghen?

SAM. Pues sois muy injusto en no apreciarle, porque él habla de vos en muy diferentes términos.... Ayer, sin ir mas lejos, me decia: «Ese escelente Margrave» es él el que habla... «ese escelente Margrave, es de todos los electores del que yo espero mas, porque le estimo infinito.»

MARGR. Ah!.. Eso ha dicho?

SAM. Y luego añadió: «Es un hombre formal... con el cual se puede contar... El buen Margrave!... necesitará en el dia cuarenta mil ducados, que mi banquero Didier, le aprontará en mi nombre...

MARGR. Cuarenta mil ducados?..

SAM. Que estarán en casa de vuestra alteza á la hora esta.

MARGR. En mi casa!

SAM. Y otra suma igual dentro de ocho dias... el dia de la eleccion... si es verdad que desde este momento podemos contar...

MARGR. Y decis que están en mi casa? Mi buen amigo! Teneis la elocuencia mas persuasiva!.. Despues de lo que os he oido... me he fijado! Oh! si... es un emperador aleman lo que nos hace falta... y ese aleman debe ser el Conde Palatino... A Dios, querido mio, hasta dentro de ocho dias; yo estoy dispuesto... y vos?..

SAM. Lo estaré tambien.

MARGR. Perfectamente... A Dios, á Dios, me esperan en mi casa. (*vase.*)

ESCENA VI.

SAMUEL, *despues un* CRIADO.

Ya vá uno... y por cierto el que menos me estorbaba... Bastará para sostenerle en tan buenas disposiciones durante estos ocho dias, ofrecerle alguna prima, como decimos en lenguage comercial. Husmea el oro, como el perro la caza; en enseñándole mi cartera, le llevaria, hasta donde quisiera. Ahora á mi segundo voto. (*A un criado que se presenta.*) Al momento á casa de maese Heriot, mi agente, y que vaya á comprar por mi cuenta y á cualquiera precio que sea, la galeria de cuadros del Obispo de Colonia: andad.

CRI. Señor, ahi está un hombre con librea del conde Palatino, y quiere hablar con vos particularmente.

SAM. Que entre... y andad pronto...

CRI. Al instante, señor... (*vase.*)

SAM. Con ese que me pertenecerá, luego que yo sea dueño de lo que mas ama en el mundo, tendremos dos votos. El tercero ya le tenemos, pues observando el sistema que decia el discreto Margrave, un elector tiene el derecho de votarse á si mismo; pero y el cuarto, dónde buscarle?.. El Palatino me envia sin duda con este hombre alguna buena noticia. (*sale Rodolfo vestido con la librea del Palatino.*)

ESCENA VII.

SAMUEL, RODOLFO.

SAM. Vos, príncipe, vos bajo ese disfraz!

ROD. Era necesario para burlar á mis carceleros.

SAM. A vuestros carceleros?.. Pero ayer, cuando me separé de vos, estabais en libertad!

ROD. Ayer, apenas habiais salido, las puertas del palacio se cerraron de nuevo para mi, volviendo á quedar prisionero; y hoy la astucia sola, ha podido abrírmelas. Si estoy á vuestro lado, se debe á no haber sido conocido el principe, bajo este trage.

SAM. Pero vuestro padre...

ROD. Mi padre os engaña.

SAM. Qué decis?

ROD. Tomará vuestro oro, y no devolverá el honor á vuestra hija...

SAM. Será posible? Ese casamiento...

ROD. No se realizará.

SAM. Por qué?.. Si yo le doy un trono...

ROD. Porque le habeis colocado demasiado alto para que quiera descender hasta vos.

SAM. Es él quién ha dicho eso?

ROD. A mi mismo.

SAM. Oh! Insensato! Cuán insensato era yo al creer en la palabra de ese hombre! Pobre loco, que no te fijaste en tu primera idea, de que ese hombre queria jugar contigo!.. Oh!.. si... necio de mi! Mil veces necio el pobre negociante, que sacrificaba toda su fortuna por la palabra de un príncipe, cuando este principe se la daba solo por robarle mejor! Y los títulos... esos títulos que me di tanta prisa á devolverle...

ROD. (*presentándolos.*) Hélos aqui!

SAM. Vos me los devolveis?

ROD. No los habiais confiado á mi lealtad?

SAM. Cuando podiais entregárselos al Conde?

ROD. Si el conde estuviese aqui, se los entregariais vos?

SAM. Hoy que me engaña... no.

ROD. Pues bien, yo sabia que el conde os engañaba, y que al engañaros os despojaba de vuestra fortuna y se deshonraba; he querido, pues, evitar la deshonra de mi padre y vuestra ruina... la ruina de mi salvador y del padre de mi Ester!..

SAM. (*con vehemencia.*) Tuya Ester!.. Oh! si... tú no me has engañado! Tú, generoso joven, has hablado, me hablas aun con toda la sinceridad de tu noble y leal corazon. Tú sabes mejor que él lo que es la fé de una promesa, de un juramento!.. Tu Ester es siempre la escogida de tu corazon... y no quieres deshonrarla... no quieres matarla; porque si ese matrimonio no se realiza, ya te lo he dicho, mi hija se moriria!.. Pero tú, Rodolfo, quieres que se realize ese casamiento, no es esto? Tú quieres dar á la amada de tu corazon, el honor y la vida?..

ROD. A precio de toda mi sangre!..

SAM. Bien... bien!.. Me prometes fiarte de mi?

ROD. Ciegamente.

SAM. Habla... Qué obstáculo hay para este enlace?

ROD. La voluntad de mi padre, porque nunca me dejará casar mas que con una dama de alta alcurnia.

SAM. Y si mi Ester llegase á ser noble... á pertenecer á la primera nobleza de Alemania?

ROD. Ojalá!.. Mas...

SAM. Y si en el caso de que esto no bastase y se opusiera aun la voluntad del ilustre Palatino, tuviese yo el poder de que se interpusiese en el asunto otra voluntad mas fuerte que la suya?

ROD. Qué quereis decir!..

SAM. (*sentándose á escribir.*) Escucha lo que voy á es-

cribir á tu padre. «Habeis querido engañarme y habeis usado conmigo la mas negra perfidia; pero no tendrá el éxito que deseabais. Hace dos dias me hubiera creido impotente para defenderme de vos; pero ayer me habeis revelado el secreto de mi fuerza, de la que voy á hacer uso. Todo lo que hacia por vos, desde este momento lo emplearé contra vos. Ahora veremos quién de los dos hace un emperador para dominar al otro.»

Rod. Pero no temeis que declarándole anticipadamente vuestros proyectos?..

Sam. Yo nada temo de él; él es quien debe temerlo todo de mi. Volved al palacio, Rodolfo.

Rod. Ya!..

Sam. Haced que este papel llegue al momento á manos de vuestro padre; yo no quiero engañarle, mi juego es franco; quiero que conozca que soy su enemigo antes de darle el primer golpe.

Rod. Pero estais bien seguro?..

Sam. Estoy seguro de que lo quiero, y esto me basta. Quiero librar á mi hija de la desesperacion; quiero que Ester viva, para que sea esposa de Rodolfo.

Rod. Ester!.. No consentireis que la vuelva á ver?.. Que ella sepa que Rodolfo toma parte en sus pesares?..

Sam. Ayer mi hija os volvió á ver y recibió de nuevo vuestros juramentos; podrá dudar del porvenir, mas no duda de vuestra lealtad. Ahora partid; en el altar es en donde volvereis á ver á Ester! (*vase Rodolfo.*)

ESCENA VIII.

Samuel, *solo.*

(*Se pasea con agitacion.*) Ah!.. Conde Palatino, me has dado la mano en señal de lealtad y buena fé, y esa mano que yo he estrechado, era la de un traidor! Oh! por los sagrados nombres de todos los Profetas, la mano que ha tocado la tuya, será la de tu vencedor y señor! Qué! ¿Has venido á enseñarme en mi oscuridad y pequeñez, que puedo ser grande y fuerte, y no tienes miedo de atacarme?.. ¡Cuán loco eres! Ignoras que has hecho del cordero un leon; del enano un gigante; de Didier el mercader, Samuel el comprador de tronos! Muy bien, señor conde, muy bien! Tomabais sin escrúpulo el dinero del banquero, y os reiais con escarnio de la credulidad del padre! Con el oro, deciais, á vuestro ignorante discipulo, se puede todo lo que se quiere.» Gracias, mi digno preceptor, vuestras lecciones darán su fruto. Para elevaros, podia todo lo que queria, para destruiros valdré todo lo que quiera. Oh! si, si, un emperador... Yo contribuiré á que otro sea emperador. Sobre qué frente pondré la corona? Sobre qué espaldas echaré el manto imperial? En qué manos colocaré el globo del mundo?.. No lo sé...Pero aun cuando sea necesario coger al último y al mas pobre de los caballeros alemanes, aun cuando fuese preciso buscar en el fondo del Austria otro Rodolfo de Hausburgo, yo le haré emperador... y él salvará á mi hija y te dará el castigo que yo quiera á ti, desleal Palatino, que quieres ser mi verdugo. (*Durante las últimas frases de esta escena, Cárlos ha salido sin que Samuel le haya oido.*)

ESCENA IX.

Samuel, Carlos.

Car. Aqui hay un hombre que espera que le escucheis, Isac-Ben-Samuel.

Sam. (*volviéndose hácia él.*) De dónde sabeis ese nombre?

Car. Sé que ese nombre es el vuestro... y sé por qué hace diez años le ocultais bajo el de maese Didier.

Sam. Por qué?

Car. Porque hace diez años, reinando en Francia el buen rey Luis doce, Isac-Ben-Samuel vivia en Paris con su muger y una numerosa prole. Su fortuna era ya considerable, pues la habia adquirido en las guerras de Italia, proveyendo á los gastos y empréstitos de la nobleza francesa, en una época en que el mismo rey Cárlos sétimo, hallándose exhausto de dinero, no pudo obtener recursos de los Genoveses, mas que al exhorbitante premio del cuarenta y tres por ciento.

Sam. (*con viveza.*) Samuel, aunque judio, no se portó como los Genoveses.

Car. Y sin embargo, no le valió su caudal, hecho muy rápidamente, segun decian; pues sucedió, que durante una ausencia de Samuel, se presentaron á su muger unos hombres armados, exigiéndole que les entregase los titulos y contratos escritos, que ponian á disposicion del judio la fortuna de algunos grandes señores... Habiéndose negado la muger de Samuel, registraron por fuerza la casa, y como no encontrasen nada, imaginaron, para aniquilar aquellos papeles, pegar fuego á la habitacion.

Sam. (*con una risa forzada y saltándosele las lágrimas.*) Y al dia siguiente, se aplaudia en la Córte, la desgracia del infeliz, que perdió en una noche la mitad de su fortuna y toda su familia. Si... su familia... porque para quemar los papeles... fué necesario quemar á la muger y á los hijos del judio.

Car. Entre los que mas aplaudian y celebraban el suceso, se distinguia un jóven principe, enemigo declarado de los herejes.

Sam. (*con amargura.*) Si, el duque de Valois, que cinco años despues, siendo ya Francisco primero, se apresuró á poner en vigor el edicto de proscripcion, lanzado contra los judios por Cárlos sétimo.

Car. Samuel no esperó ese momento para venir á buscar en Alemania tierra hospitalaria.

Sam. Despues de su permanencia en Francia, y despues de haber perdido alli su muger y cuatro hijos, los cuatro hermanos de Ester, Samuel no creyó en la hospitalidad! Si, es en Alemania donde se ha refugiado hace diez años, pero á titulo de estrangero, no como israelita, porque los israelitas están proscriptos de todas partes. Aqui Samuel está en su casa, en su patria! Porque ha olvidado su patria verdadera; ha cambiado su nombre; la religion de sus padres, sus recuerdos de niño, las tradiciones de su familia, todo lo ha encerrado en lo mas íntimo de su corazon cubriéndolo con un velo impenetrable. Samuel el judio ha desaparecido enteramente, para dar lugar al lombardo Didier, y Didier el lombardo, es un ciudadano libre de la imperial y libre ciudad de Francfort.

Car. Pero, como los estatutos de la ciudad libre, prohiben á los israelitas permanecer dentro de sus muros; si se descubriese el secreto de Samuel, Samuel corria gran riesgo de verse preso y espulsado de Francfort.

Sam. Lo propio que V. M. si se descubriese que bajo el nombre de VVander Ruysdal, se oculta en Francfort el rey Cárlos de España.

Car. (*vivamente.*) Quién os ha dicho mi nombre?

Sam. Tal vez los mismos que os han dicho el mio.

Car. Segun eso, sabeis?..

Sam. Lo que sois, y por qué ocultais lo que sois.

Car. Acabad.

Sam. Veamos si los informes que tengo de vos, son tan exactos como los que vos teniais de mi. El rey de España se halla en Francfort, porque en Francfort se decidirá á quién ha de darse la corona imperial, á la cual el rey de España aspira. Se ha dirigido á Didier

el Lombardo, ó lo que es lo mismo, á Samuel el judio, porque, si ha de obtener el imperio, ha de obtenerlo á fuerza de oro; y cuando un poderoso necesita dinero en Alemania, tiene forzosamente que entenderse con Samuel, que es el banquero de los reyes, desde que se hizo el rey de los banqueros. Pero Cárlos de España ha tenido precision de ocultar con empeño su presencia en la ciudad electoral, porque no ignora que si fuese descubierto, su libertad, aunque momentáneamente, llegaria á verse comprometida, y sus esperanzas destruidas para siempre. Por fortuna las autoridades de Francfort no conocen á todos los estrangeros que entran en la ciudad; pero, por desgracia, Samuel tiene buen cuidado de conocer á todos los que entran en su cusa.

CAR. Seriais capaz de delatarme?

SAM. Ni mas ni menos que V. M. de delatarme á mi.

CAR. Y vos que habeis adivinado tan bien lo que aqui me trae, no teneis nada que decirme?

SAM. Muchas cosas, y pocas palabras.

CAR. Ya os escucho.

SAM. Señor, vos sois rey y quereis ser emperador; si pongo á vuestros pies todo el oro que os haga falta para comprar un trono, qué me dareis en cambio?

CAR. Todo lo que un rey puede dar á un vasallo.

SAM. Quiero lo que solo el Emperador puede darme.

CAR. Lo tendrás, si yo soy Emperador.

SAM. Vuestra promesa es sincera?

CAR. Dudar de ello, seria ofenderme...

SAM. Es que...

CAR. Entiendo, eres comerciante, y los comerciantes acostumbran á no dar fé mas que á lo escrito. Ponte ahi y dicta tu mismo. (*Samuel obedece.*)

SAM. (*dictando y escribiendo.*) El primer acto de autoridad imperial del Emperador..» Vuestro nombre de Emperador?

CAR. Carlos V.

SAM. (*continuando.*) «El Emperador Carlos V de Alemania, será conferir á Ester, hija de Isac-ben-Samuel, cartas de nobleza y el título de gran duquesa.

CAR. Pero tu hija es judia.

SAM. Será eso obstáculo?

CAR. Sin duda.

SAM. (*despues de vacilar un momento.*) Bien, señor....en ese caso el obstáculo desaparecerá.

CAR. Ahora falta señalar el feudo.

SAM. Con vuestra venia, señor, lo dejaremos en blanco; mi hija puede disponer lo menos de diez...

CAR. (*acercándose á la mesa y firmando.*) Esta promesa queda nula y sin ningun valor, si otro que yo llega á ocupar el trono de Alemania. (*entregándole el papel.*)

SAM. Pero asegura la felicidad de mi hija, si vos obteneis el imperio... y le obtendreis.

CAR. Lo propio ha prometido el almirante Bonnivet á mi primo el rey Francisco I

SAM. Bonnivet es un hombre por de mas confiado, y el rey Francisco I, mi enemigo. Gracias, señor, por haberle nombrado; me recordais que tengo un doble interés en vuestro triunfo; el de mi cariño hácia mi hija, y el de mi ódio hácia vuestro rival.

CAR. Manos á la obra, pues! El tiempo apremia.

SAM. Ya tengo andado mucho camino; de los cuatro electores que forman mayoria entre los siete, he ganado ya dos.

CAR. En favor de otros?

SAM. En favor del que yo quiera... Son dos votos que están comprometidos á votar á ciegas... ese es negocio mio.

CAR. Pero y los otros dos?

SAM. Tenemos ocho dias para decidirlos, ocho dias enteros. La eleccion debe verificarse el 28 de junio, por la noche, en el palacio del arzobispo de Maguncia; ese palacio se halla contiguo al del Margrave, hermano del Arzobispo; aquella misma noche dará el Margrave, por mi consejo, á mis espensas, una magnifica funcion, á la cual asistirán todos los electores, y en ella daremos cima á nuestra empresa... Entretanto, y por si no nos vemos, dignaos, señor, tomar esta llave.

CAR. Qué es esto? (*dudando.*)

SAM. Es una de las llaves de mi caja. V. M. se ha dignado darme una garantia material, ademas de su palabra; justo es que yo á mi vez le ofrezca la mia.

CAR. (*rechazando la llave.*) El rey Carlos de España, confia á vuestra honradez esa llave.

SAM. (*postrándose.*) Gracias, señor, vuestra grandeza de alma, os hace digno del trono á que aspirais.

ESCENA X

Dichos, ESTER, MARGARITA, *á poco un* GENTIL-HOMBRE *de Palatino, Soldados y* EMMANUEL.

EST. (*corriendo.*) Ah! padre mio... vengo temblando.

SAM. Qué hay?

MAR. Señor... un oficial del Conde Palatino! Soldados!

UNA VOZ. (*dentro.*) En nombre del Vicario del Imperio, abrid!

CAR. Me habrán descubierto?

SAM. Silencio. (*abre la puerta del foro.*)

EL GENTIL. En nombre del Vicario del Imperio, intimo la órden de seguirme á Didier el Lombardo. Tengo espreso mandato de arrestarle, juntamente con su hija, y de sacarlos con una buena escolta fuera de los muros de Francfort, donde les está prohibido residir.

SAM. Arrestado!.. Yo?

EST. (*corriendo á su padre y estrechándole entre sus brazos.*) Mi padre!.. (*al Gentil-hombre.*) Cuál es su crimen?

GENTIL. Es judio!

SAM. Oh! delatado! Vendido!.. Pero por quién?

EMMA. (*Abriendose paso y apareciendo en la puerta del foro.*) Por mi, Samuel!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una sala de comunicacion entre la casa del Margrave de Brandeburgo y el palacio de su hermano el Arzobispo de Maguncia; la puerta de la derecha del actor conduce al palacio del Arzobispo, donde debe reunirse la Dieta; el fondo de la sala está abierto, y da á los salones del Margrave, iluminados para la funcion; se ven pasar damas y caballeros enmascarados y de dominó; criados con salvillas; de tiempo en tiempo se oye la música del baile.—En la segunda caja de la izquierda, una puerta secreta; en el mismo lado, una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

El MARGRAVE, *solo, sentado, y leyendo una carta.*

«Aunque hace ocho dias que no nos vemos, cuento con vos, como vos debeis contar conmigo. Creo que para vuestra alteza tendrán el mismo valor los ducados del judío Samuel, que los de Didier el lombardo.» Si

por cierto; los ducados son todos de la misma religion. «No teneis mas que enviar á mi casa; los señores Vander Ruysdal tienen órden de pagar al momento.» Escelente idea. «A qué altura os encontrais con vuestro hermano monseñor de Maguncia? Me lo direis esta noche en la funcion; seguid dejando creer al almirante que él es el amo; yo me encargo de los gastos. Sé que para el judío que haya sido espulsado una vez de Francfort, hay pena de muerte, si vuelve á entrar en la ciudad; pero para poner yo en ella los pies, tomaré antes tal precaucion, que haga sagrada mi persona. Suceda lo que quiera, no hableis una palabra de mi, ni de esta carta á mi enemigo, el conde Palatino.» Su enemigo?... Diablo! Abandonamos á nuestro candidato.

ESCENA II.

SLEIDAN, *el* MARGRAVE, *á poco* BONNIVET.

(*Música en el foro. Los convidados circulan en mayor número por los salones.*)

MARGR. (*á Sleidan, que sale.*) Vamos, baron, qué noticias?..

SLEI. El papá Vander Ruysdal paga por el judío á la vista; me ha satisfecho por adelantado todos los gastos de esta noche.

MARGR. Sin escatimar?

SLEI. Sin siquiera informarse de las partidas.

MARGR. Y qué mas?

SLEI. El hijo vendrá aqui esta noche, segun me ha dicho, á aprontarme cincuenta mil ducados.

MARGR. (Cincuenta mil ducados!.. La cantidad convenida por el Palatino... parece que no le abandonamos... Me pierdo en conjeturas... En fin, ellos pagan... eso es lo esencial.)

SLEI. Acabo de atravesar por el salon principal: alli está el almirante Bonnivet, rodeado de toda la nobleza alemana, muy satisfecho de lo que él llama su fiesta veneciana. Recibe las felicitaciones de todos, y está radiante de alegria. Miradle. Alli va, dando la mano á la princesa.

MARGR. (*mirando al foro.*) A mi muger? Tiene buen porte el encargado de negocios del rey caballero! Pero, aguardad! Yo no la habia visto á mi muger hasta ahora aquel aderezo de perlas...

SLEI. Ha sido, segun dicen, un presente del señor Almirante...

MARGR. De veras? Es un golpe hábil; entonces, puede contar en favor de su rey, con el voto... de mi muger.

BON. (*en el foro, á los que le rodean.*) Señores, por Dios... guardad vuestros plácemes para el dueño de la casa; héle aqui... á él debeis felicitar...

VARIOS (*de los convidados, al Margrave.*) Ah, monseñor... vuestra funcion es magnífica!

BON. (*bajo al Margrave.*) No os dije que para vos seria todo el honor?

MARGR. (*id.*) Contad con mi apoyo.

BON. (*indicándole la puerta de la Dieta.*) No pido á vuestra alteza mas que una sola prueba. (*la música, que ha cesado por algunos momentos, vuelve á oirse.*) Señores, el baile nos reclama.

MARGR. (Si; anda á bailar, alma de Dios!)

BON. (Pobre aleman! Es un bobalicon!) (*éntrase en los salones con todos los demas. Sale el Palatino por la puerta de la Dieta.*)

ESCENA III.

El MARGRAVE, *el* PALATINO *trae encima del trage un dominó negro con lazos de color encarnado; sale con la careta en la mano.*

PAL. Qué hablábais con el francés?

MARGR. Ni me acuerdo ya... Es un babieca.

PAL. Estais siempre por mi?

MARGR. Siempre... (No miento, hasta nueva órden...) He prometido á Didier...

PAL. A Samuel, querreis decir?

MARGR. Con que decididamente es judío? Pues señor, sea lo que quiera, es muy rico... No debiais haberle echado de Francfort.

PAL. Oid; entre amigos debe decirse la verdad.

MARGR. (Va á mentir, como si lo viera.)

PAL. Samuel, aunque judio, es un hombre escelente á quien yo aprecio, y estimo sobremanera; puede sernos muy útil, pero el pobre hombre tiene la manía de que ha de elegir y designar al que haya de ser emperador. Eso nos concierne á nosotros.

MARGR. Como que es nuestro oficio. Pero siendo vos la persona que él designa...

PAL. Convenido... Mas él trabajaba á cara descubierta; nos comprometia; y tanto en nuestro interés como en el suyo, he creido que valia mas alejarle de aqui. He echado mano del primer pretesto que se me ha presentado... Su calidad de judío... Pero sin que esto varie en nada nuestros proyectos... Yo soy siempre vuestro candidato.

MARGR. Y Samuel vuestro cajero?

PAL. Por de contado.

MARGR. (Allá lo veremos.) Y los demas votos?

PAL. El obispo de Colonia, á quien Samuel ha ganado en mi favor.

MARGR. Y despues?

PAL. El duque Federico de Sajonia.

MARGR. Dicen que ese está por el rey de España.

PAL. Porque el rey de España es aleman de nacion; pero preferirá un aleman, que resida en Alemania. A ese es al que voy buscando

MARGR. Vais á entrar en el baile?

PAL. Ya lo veis?.. El trage y la careta de rigor; tengo algunas instrucciones reservadas que dar aun; este disfraz me servirá para el caso. (Habrá logrado Emmanuel descubrir el paradero de la judía?.. Oh! si yo lograse apoderarme de la hija, seria dueño del padre.) (*vase por el foro.*)

ESCENA IV.

El MARGRAVE, *á poco*, SAMUEL, *enmascarado y con dominó.*

MARGR. Apostaria que mi candidato no me ha dicho cuatro palabras de verdad. (*ábrese la puerta de la izquierda, y aparece Samuel enmascarado.*) Quien quiera que seas, conoces la casa tan bien como yo, que soy su dueño, máscara; porque tienes conocimiento de las entradas secretas.

SAM. Y escucho antes de entrar. (*descubriéndose.*)

MARGR. Sois vos, caro amigo?.. Y habeis oido...

SAM. Las mentiras de ese infame!

MARGR. El!... de quien me hablasteis tan bien, hace ocho dias? A quien queriais hacer emperador?

SAM. El emperador!.. Nunca!.. A quien hay que votar es al rey de España.

MARGR. Cómo, cómo!.. Qué es esto, amigo? Entendámonos. Yo no me acomodo con eso de cambiar asi; no tengo mas que una palabra... y se la he dado al Palatino.

SAM. A mí... si no lo habeis á enojo... Porque el Palatino no ha sido el que ha pagado la funcion de esta noche... el que pagará los cincuenta mil ducados.

MARGR. Enhorabuena... pero es preciso convenir antes en los hechos. Yo me he comprometido por el Palatino... un hombre ya machucho... que frisa en los cincuenta... y ahora me venis vos poniéndome por delante al rey Cárlos... una criatura, que subirá al trono á los 20 años... Es capaz de estarse reinando cuarenta... de enterrar á todos los electores del mundo! Haceos el cargo, amigo mio; es preciso tenerlo todo en cuenta... Si hago al rey Cárlos emperador, es cosa de poder apostar ciento contra uno á que será el último que haré en mi vida... mientras que con el Palatino, al contrario, es negocio de volver á empezar dentro de cuatro ó cinco años... y tal vez antes.

SAM. La observacion es exacta.

MARGR. Cómo qué!.! Es aritmética pura... Vos, que sabeis contar, debeis comprenderme... Hablad de ello con mi tesorero... es hombre de números.

SAM. Nos entenderemos fácilmente, y en vez de cincuenta mil, le entregaré cien mil ducados.

MARGR. De ese modo, hareis de él lo que querais.

SAM. Y vuestro hermano... monseñor de Maguncia?

MARGR. Oh! ese es un Neron... Bonnivet le ha echado á perder... promete tanto...

SAM. Pero cumplirá tan poco?

MARGR. Eh! quién sabe... el capelo de cardenal!..

SAM. Por Bonnivet! No le creais. Las guerras de Italia tienen torcido al Papa con la Francia.

MARGR. Tendriais vos, por ventura, las pretensiones de estar bien con la córte de Roma? Vos! Un israelita!

SAM. Quién sabe? Es eso todo lo que ambiciona vuestro hermano?

MARGR. Monseñor de Maguncia quiere ademas casar á nuestro hermano menor, el marqués Casimiro de Brandeburgo: nuestro hermano no debe casarse mas que con una princesa real.

SAM. Muy bien! Y para hacer todo eso, tenemos...

MARGR. Una hora, porque dentro de una hora se reune la dieta. Vuestro tiempo es precioso; (*señala á la puerta de la derecha.*) os dejo. (*vase por el foro.*)

SAM. (*siguiéndole.*) Antes de una hora, monseñor de Maguncia quedará contento, y el baron Sleidan estará pagado. (*solo.*) Pagar.... es facil.... pero contentar al arzobispo!... Una hora... no es bastante para ir á Roma á pedir un capelo... y despues ir... no sé á dónde... á ajustar el casamiento de una princesa heredera... Dios mio!... Y he de perder toda esperanza! Ah! el rey! (*viendo á Cárlos, que viene por el foro.*)

ESCENA V.

CARLOS, SAMUEL.

CAR. Sois vos, Samuel?.. Todo va bien.

SAM. Todo va mal.

CAR. Federico de Sajonia está por nosotros.

SAM. Pero el arzobispo de Maguncia no está por nosotros, y ya sabeis lo que dice vuestro Evangelio; el que no está por mi, está contra mi.

CAR. Qué pide?

SAM. Mucho.

CAR. Pero, en fin?

SAM. Quiere ser Cardenal.

CAR. Lo será. Es todo?

SAM. Quiere una princesa para su hermano el marqués.

CAR. Yo le doy una reina.

SAM. Y todo ello, antes de una hora?

CAR. En el instante. Escúchame. Tú conoces al conde de Chevres... Vander Ruysdal, padre; le encontrarás en la tercera sala: pregúntale, si el reverendo padre, que aguardamos esta noche de Roma, ha llegado. Ya debe estar aqui; es mi confesor. Si trae de allá lo que ha ido á buscar, que te lo entregue. En cuanto al casamiento, corre de mi cuenta. El marqués Casimiro está en el baile; voy á dar una vuelta.

SAM. Asi descubierto?

CAR. No; disfrazado y con careta.

SAM. Guardaos de nuestro enemigo el Palatino; tambien está ahi.

CAR. Disfrazado?

SAM. Con un dominó negro con lazos encarnados.

CAR. Bien, lo tendré presente. Veo venir hácia aqui al obispo de Colonia; entra al punto en esplicaciones con él; para ello tienes bastante con tu dinero. Nos volveremos á encontrar aqui. (*vase por el foro; el obispo viene por la derecha.*)

ESCENA VI.

El OBISPO *de* COLONIA, SAMUEL.

OBIS. (*consigo mismo.*) Quisiera saber de cierto á qué atenerme sobre la palabra que me ha dado el Almirante; ha ofrecido rescatar mis cuadros... pero lo cumplirá?.. Por mas que el Palatino me diga tambien por su parte que el judío Samuel se ha hecho cargo de todo... y que el judío está por nosotros... Yo no le conozco... Mis cuadros de Rafael, mis Ticianos, todo lo que formaba mi orgullo y mi alegria, en poder de un infiel...

SAM. Monseñor! (*acercándose.*)

OBIS. Qué hay?

SAM. (*presentándole un papel.*) Para monseñor... de parte del Rey Carlos.

OBIS. (*abriendo el pliego.*) Del rey Carlos! (*lee.*) »Nos Carlos Quinto, Emperador!.. Emperador!.. por la presente nos obligamos á abonar al judio Samuel la cantidad que sea necesaria para la adquisicion de los cuadros, que formaron parte del Museo del Reverendo Obispo de Colonia. La cantidad será satisfecha el mismo dia de nuestra coronacion en la Ciudad imperial de Aquisgran.» Firmado. «Carlos Quinto, emperador.»— Pero el Rey de España no es emperador!

SAM. Si monseñor no se opone á que lo sea...

OBIS. Yo! ciertamente que no me opongo... puesto que bajo esa condicion... Pero bastará?...

SAM. Probaremos.

OBIS. Y quién sois vos?..

SAM. Soy... uno de los agentes del Rey Carlos.

OBIS. Pues bien, señor agente, decid al Rey Carlos, que me quedo con este papel, y que voy á hacer todo lo posible para que el Emperador Carlos Quinto me tenga por acreedor. (Esto me parece positivo; el Rey Carlos tiene grandes probabilidades.) Podeis contar conmigo. (*vase por la derecha.*)

SAM. A las mil maravillas. Veamos ahora lo que nos traen de Roma. (*vase rápidamente por el foro; la puerta secreta por donde salió Samuel se abre, y aparece Emmanuel.*)

ESCENA VII.

EMMANUEL.

Si, Samuel; cuenta con él, cuenta con todos ellos y riete del odio y de las amenazas de Emmanuel! Se acerca el momento en que ese odio, que desprecias, te ha de hacer derramar amarguísimas lágrimas. Oh! todo lo

sé... el Palatino me ha contado la causa de tus desaires y de la resistencia de la hija! Ah! necesitas un yerno de noble estirpe!.. Quieres poner sobre las sienes de tu hija una corona de Condesa?.. Y ambos me rechazais con desden, porque soy vuestro igual!.. Bien, Samuel, regocíjate, tú has burlado la vigilancia de tus perseguidores; has vuelto á entrar, á pesar suyo, en esta ciudad, de la cual te han desterrado; á pesar suyo, has sacado de ella á tu hija, á quien ellos perseguian; enorgullécete, Samuel... los has chasqueado á todos! Pero tú vas á serlo ahora por Emmanuel... El Palatino! Por fin! (*sale por el foro un máscara con dominó negro y lazos encarnados.*)

ESCENA VIII.

EMMANUEL, *un* MÁSCARA, *que será* CARLOS.

EMMA. Señor, he triunfado.
MAS. Triunfado?
EMMA. La judia está en mi poder.
MAS. Ester!
EMMA. Merced á un falso aviso, de que su padre, que ha vuelto á entrar en la ciudad, estaba en peligro de muerte, la hija ha querido venir á compartirle con él, y ha abandonado, para seguir á mis fieles, el retiro donde la tenia oculta Samuel, á tres leguas de aqui; está en Francfort...
MAS. Dónde se halla?
EMMA. A dos pasos de aqui, en la casita, que designó vuestra Alteza.
MAS. Traedla.
EMM. A este palacio? El delito está patente... por qué no llevarla al tribunal desde ahora?
MAS. Aqui primero. Dueños de la hija, lo seremos del padre. Traedla con todo secreto.
EMMA. Por esta galeria? Atravesando la capilla?
MAS. Si, por la galeria, donde la hareis que espere; hácia aqui viene el padre... alejaos pronto! (*vase Emmanuel por la puerta secreta. Cárlos se quita la careta.*) Era preciso ante todo parar este golpe... Pero Samuel debe ignorar la vuelta de su hija... Seria arriesgar la partida.

ESCENA IX.

SAMUEL, CARLOS.

SAM. Una carta del Papa. (*dándosela.*) El Padre Telesforo acaba de llegar; por si vuestra magestad desea verle, le he enseñado en el piso bajo una escalera de escape, que conduce á la capilla.
CAR. A la capilla!.. Has ido?..
SAM. Yo no... el padre Telesforo, que aguarda alli las ordenes de vuestra magestad
CAR. (*leyéndola.*) A S. M. el señor Rey Carlos de España, el Cardenal secretario de Estado. Señor: Tengo el encargo de dar las gracias á V. M. por el eficaz ausilio que en su augusto nombre nos ha sido prestado por Hugo de Moncada, virey de Sicilia, el cual, al mando de las galeras de V. M., ha limpiado y purgado las aguas del Mediterráneo de los corsarios infieles que las infestaban, y que amenazaban á los estados de la iglesia. Hemos tambien de daros las gracias, señor... etc. etc. y en prueba de su estremada benevolencia y estimacion, su Santidad autoriza á vuestra augusta magestad para que proponga al obispo ó arzobispo de sus estados, á quien fuere de su real agrado, que se confiera el Capelo cardenalicio, contando con que el solo querer de V. M. en este punto, equivaldrá á un nombramiento definitivo!»
SAM. No puede estar mas claro.
CAR. Una palabra de mi puño al pie de esta carta, la aclarará mas todavia. (*se sienta y escribe.*) «El emperador Cárlos quinto designa para el capelo de Cardenal al muy reverendo arzobispo de Maguncia.»
SAM. ¿Y el casamiento del Marqués?
CAR. Es negocio concluido; le hago que se case con la jóven viuda de mi abuelo Fernando; Jermana de Foix.
SAM. La viuda de un Rey de España, sobrina de un Rey de Francia, se casa con el hijo segundo de un principe aleman?
CAR. Triste suerte de los que suben, que solo pueden bajar.
SAM. Reflexion moral digna de un Rey que quiere ser Emperador. (*suenan campanas.*)
CAR. Llegó la hora. (*se levanta.*)
SAM. Ya!
CAR. Por qué ya? Esa esclamacion es de cobarde; y, vive Dios, que no nos cogen tan desprevenidos, para que te asalte el miedo.
SAM. Aqui vienen los electores... Ocultaos entre el gentio.

(El tropel de los convidados invade el foro. Cárlos se confunde entre ellos. Los electores salen procesionalmente de dos en dos, atravesando el teatro de izquierda á derecha. Van seguidos de sus principales caballeros y Gentiles-hombres. A la cabeza el Arzobispo de Maguncia, despues del Arzobispo de Tréveris y el Margrave el Duque de Sajonia y el obispo de Colonia.)

ESCENA X.

Dichos, EL ARZOBISPO DE MAGUNCIA, EL DE TREVERIS, EL REY DE BOHEMIA, EL OBISPO DE COLONIA, EL MARGRAVE, EL DUQUE DE SAJONIA, EL PALATINO, BONNIVET, SLEIDAN, CHEVRES, *Gentiles-hombres etc. etc.*

(En el momento en que el elector, que vá á la cabeza, llega á algunos pasos de la puerta de la Dieta, la comitiva hace alto algunos instantes. El Almirante Bonnivet habla con el Margrave, el Arzobispo de Tréveris con el Rey de Bohemia; el Palatino parece buscar á alguno entre el gentio. Samuel se acerca al Arzobispo de Maguncia, y le presenta la carta del Papa.

SAM. Un correo del Padre santo. (*bajo al Arzobispo.*)
ARZ. (*ap. mirando el pie de la carta.*) Firmado, Carlos! Muy bien... está entendido. (*ap. á Samuel.*)
PAL. (*á Samuel conociéndole.*) Tu aqui! ¿Has osado entrar en la ciudad?.. Sabes, Judio, que tu audacia merece pena de muerte?
SAM. Sé que la persona de un Embajador es inviolable; como la de todas sus gentes, y yo pertenezco á la embajada del Rey Carlos de España. (*abre el dominó y deja ver sobre el pecho el escudo de armas de España.*)
PAL. Ah! Con que trabajas por el Español?
SAM. El resultado dirá por quién trabajo.

(Los Electores, seguidos de sus Caballeros, entran en la Dieta: Chevres, Bonnivet y el gentio de los convidados se dispersan por el foro, quedando solos Carlos y Samuel.)

ESCENA XI.

CARLOS, SAMUEL.

CAR. Echáronse las suertes!.. En este momento están deliberando.
SAM. En este momento el Rey de España vá á ser Emperador.
CAR. Y tu hija gran Duquesa; haga el cielo que se cumplan tus deseos.

SAM. Llegó la hora de llenar los claros en este papel. (*saca del pecho la promesa escrita de Carlos, y los títulos del Palatino, y empieza á escribir al mismo tiempo que habla.*) A Ester, hija de Isac-Buen-Samuel, el título de Gran Duquesa de Berg y de Juliers.»

CAR. Cómo! Esos dos magníficos Principados!

SAM. Estaban de venta, y yo me he quedado con ellos. En cuanto á las demas propiedades, aqui tengo los títulos... no hay mas que copiar. «Condesa de Heidelberg....» (*escribe de prisa.*)

CAR. (*mirando á la puerta.*) Quien sabe, si todo esto no será mas que un sueño!

ESCENA XII.

RODOLFO, CARLOS, SAMUEL.

ROD. Sois vos, señor Vander Ruysdal? Vos, nuestro amigo... si supieseis... Ester...

CAR. Silencio! (*señalando á Samuel.*)

ROD. Samuel! Ignora el peligro de su hija!

CAR. Si lo supiese, todo estaba perdido. Hablad. (*llevándole á un estremo.*)

ROD. Dos hombres, hace poco, se han acercado á hablar á otro, que he conocido... era Emmanuel...» La judia, le han dicho, está en la capilla.» «Voy con vosotros.» ha contestado Emmanuel, «os quedareis fuera para defender, en caso necesario, la entrada.» Y se han marchado.

CAR. Escuchad; un solo medio nos queda; yo no puedo separarme de aqui; corred, buscad en la tercera sala, á Vander Ruysdal, mi padre; vos conoceis este palacio; en el piso bajo hallareis una escalera secreta, que os guiará á la capilla.

ROD. Al lado de Ester?.. Voy volando!

CAR. Alli encontrareis tambien un religioso... (*le habla al oido.*)

SAM. (*concluyendo de escribir.*) Baronesa de Frakendal... Señora de las Abadias de Fuldes... de Munster...

ROD. Pero, ¿qué dirá el padre?

CAR. El padre consiente en todo por salvar á su hija!.. Asi que la hayais hablado, venid á avisármelo por esa puerta... Si Emmanuel ó cualquiera otro quisiera oponerse por la fuerza... entonces, no le tengais compasion.

ROD. Llevaré armas. (*vase por el foro.*)

ESCENA XIII.

SAMUEL, CARLOS, *á poco* EMMANUEL.

CAR. Oh! Cuan lentos son en tener voluntad!

SAM. Todo está corriente!.. (*señalando la puerta de la Dieta.*) Ahora una palabra no mas, que salga de ahi... y mi hija es princesa soberana.

EMM. (*saliendo por la puerta secreta.*) Tu hija está aqui... presa... bajo el peso de una acusacion capital... y yo voy á delatarla á los magistrados de Francfort.

SAM. Ester! Ester!... aqui... Yo quiero verla. (*se precipita á la puerta.*)

EMM. (*cierra y quita la llave.*) No lo lograrás... Esta puerta no se abrirá ya, sino cuando á Emmanuel le cuadre. De esa puerta no se sale sino para ir al tribunal, y del tribunal á la hoguera. (*vase con aire de triunfo.*)

SAM. Mi hija! Quiere matar á mi hija!

CAR. Dentro de un instante estará salva...

SAM. No... temo que vos tambien...

ESCENA XIV.

SLEIDAN, *saliendo de la Dieta*, CARLOS, SAMUEL.

CAR. Venid, señor Baron; ¿qué noticias?..

SLEI. Escelentes, si Samuel nos ayuda.

SAM. Yo!

SLEI. Seis de los votos han salido empatados entre el Rey de España y el duque Federico; el sétimo voto, que es el de mi señor, vá á inclinar la balanza, y lo hará en favor del Rey Carlos, si Samuel quiere decir una palabra.

SAM. Lo que yo quiero es mi hija!.. Mi Ester!..

CAR. ¿Cuál es esa palabra?

SLEI. Su nombre al pie de un vale de cien mil ducados.

CAR. Samuel! Cien mil ducados!.. y tenemos imperio!

SAM. Pero, ¡y mi hija!.. mi hija!

SLEI. Daos prisa... Si mi señor no me vé volver, Federico de Sajonia es Emperador. (*llaman á la puerta secreta.*)

SAM. Ah!.. Quién está ahi! Ester!.. Hija mia!.. Eres tú?

ROD. (*dentro.*) No... pero nuestra Ester se ha salvado.

SAM. Rodolfo! Es la voz de Rodolfo! Me lo juras, hijo mio!.. Me juras que sus perseguidores...

ROD. (*dentro.*) Está fuera de todo riesgo... A Dios... vuelvo á su lado para no separarme de ella...

SAM. Ah! si... venga ese vale... quiero firmar.

SLEI. Ya es tarde. (*viendo entrar al Palatino.*)

PAL. (*saliendo de la Dieta.*) Federico I, Duque de Sajonia, acaba de ser elegido Emperador de Occidente. (*Sleidan vuelve á entrar en la Dieta.*)

ESCENA XV.

El PALATINO, SAMUEL, CARLOS.

CAR. Vive Dios! (*siéntase en un sillon con calma aparente.*)

PAL. Bien, Samuel, bien; ya está visto el resultado; me dijiste que él diria por quien trabajaba el judio; es decir, que Samuel el judio trabajaba por el Duque de Sajonia.

SAM. Es posible, cielos!... (*como despertando.*) Perderlo todo... todo en un momento!.. Y mi hija!... ella para quien hace poco soñaba yo honras y grandezas! Oh! desdichado de mi!.. (*llora.*)

PAL. Tu hija, que ha vuelto á entrar en Francfort, será mañana juzgada y sentenciada como judia por la justicia imperial.

SAM. Perdon!

PAL. (*Con ironia.*) Me imploras... á mi, pobre principe despojado... á mi, que si soy algo aun, es por tu clemencia; á mi, á quien una palabra de tu boca puede reducir á la miseria.

SAM. Vuestros titulos... vuestros bienes, todo os lo devolveré, monseñor.. Dignaos recobrarlo todo! No es todavia bastante? Decid lo que he de hacer además para que me devolvais mi hija; decid lo que quereis tomar de mis riquezas.

PAL. Ah!.. es decir, que aceptas las condiciones que me plazca imponerte?

SAM. Todas.

PAL. Confiesas que estás á merced mia?.. Me reconoces al fin por tu señor?..

SAM. Vos por mi señor, yo por vuestro esclavo.

PAL. Pues bien, (*irguiéndose con soberbia.*) entonces, de rodillas! De rodillas, esclavo, para escuchar la ley que tu señor se digne dictarte. (*Samuel se arrodilla. Sleidan aparece á la puerta de la Dieta.*)

ESCENA XVI.

Dichos, Sleidan.

Slei. El duque de Sajonia ha rehusado la corona
Sam. ¡Dios!
Car. Qué oigo!
Pal. Dices la verdad? (*á Sleidan.*)
Slei. Monseñor... acaba de abrirse un nuevo escrutinio.
Pal. ¡Maldicion!.. Quiera Dios que aun llegue á tiempo! (*entra rápidamente en la Dieta.*)
Sam. Oh! Dios de Jacob! Tú has tenido piedad de tu siervo, y te has irritado de su orgullo! ¿Un nuevo escrutinio? (*á Sleidan.*) Y qué probabilidades hay?
Slei. Las mismas que hace poco.
Car. Por el rey de España cuántos votos?
Slei. Tres seguros; el cuarto, que puede serlo, el de Monseñor el Margrave. (*con un papel en la mano.*)
Sam. En nombre del rey Cárlos acepto y firmo. (*firma el vale que le entrega, y vase Sleidan.*)
Car. (*Con un movimiento de orgullo.*) Emperador! (*deteniéndose de pronto y con desden.*) Y para ello qué ha sido preciso? Que el hijo de un hidalgo aleman se enamorase de la hija de un judio! En lo que estriban muchas veces las grandezas de este mundo! Quién es capaz, Señor, de penetrar tus altos juicios? (*óyense clarines dentro.*)
Slei. La señal! (*ruido de voces.*)
Sam. Escuchad. (*voces dentro.*)
Voces. (*dentro.*) Viva el emperador Cárlos Quinto!
Sam. (*Fuera de si de alegria.*) Gritan viva Esther, gran Duquesa de Berg y de Juliers!

(La gente invade los salones del foro; vuelven á abrirse las puertas de la Dieta. Salen los electores, yendo delante de todos el Arzobispo de Maguncia; delante llevan las insignias imperiales; la corona, el cetro y el manto. Delante de la gente estarán Bonnivet y los suyos, y tambien Guillermo de Chevres en trage de embajador español; á su lado Samuel y Cárlos.)

ESCENA XVII.

Dichos, los siete electores; en el foro la gente; á la izquierda. Bonnivet, Chevres, Samuel, Carlos.

El Arzobispo de Maguncia. Nos, gran canciller del Imperio de Alemania, hacemos saber en nombre de la muy augusta Dieta imperial, que la corona acaba de ser conferida, no por derecho de herencia, ni por el de sucesion paterna, sino por los sufrágios de los electores del imperio aleman, y particularmente por la voluntad de Dios todopoderoso, á Carlos de Austria, rey de España, y desde este dia Cárlos Quinto, emperador!
Todos. Viva el emperador!
Sam. (*bajo á Chevres, entregándole un pergamino.*) A vos ahora, señor embajador.
Che. (*A una seña de Cárlos, viene á colocarse al lado del oficial que trae las insignias imperiales, se cubre, y dice en alta voz.*) En nombre de nuestro augusto soberano el emperador Cárlos Quinto... (*todos se descubren.*) Declaro que se han concedido cartas de nobleza á Esther, hija de Isac-Ben-Samuel, gran Duquesa de Berg y Juliers, condesa del alto y bajo Rhin, baronesa de Heildeberg y de Frakendal, y señora de todas las tierras que forman el patrimonio del alto y bajo Palatinado, de cuyos titulos de propiedad es legítima y única posesora.
Pal. Qué quiere decir esto?.. Yo, principe del Imperio, despojado por una judia!
Todos. Por una judia!
Emma. (*presentándose en el foro y abriéndose paso, seguido de gente de justicia.*) Si, por una judia llamada á comparecer ante el tribunal superior de justicia, bajo el peso de una acusacion capital.
La Gente. Al tribunal la judia!
Sam. (Está perdida!)
Rod. (*presentándose por el foro derecha, trayendo á Esther y acompañado del Padre Telesforo.*) Ya no es judia... En presencia de dos nobles testigos, el Principe Rodolfo y el conde Guillermo de Chevres aqui presentes, y por mano del digno religioso Fray Telesforo, esta joven acaba de recibir el agua del bautismo, es cristiana!
Todos. Cristiana! (*con respeto.*)
Car. Acabad, Conde.
Che. (*en alta voz.*) Y ahora, yo, Guillermo, Conde de Chevres, embajador de España en la Dieta imperial, doy aviso al Conde Luis, Palatino del Rhin, que en el término de ocho dias, á contar desde hoy, y por ser asi la voluntad del Emperador, estará todo dispuesto en el palacio de la embajada española para el casamiento de la gran duquesa Esther con el principe Rodolfo.
Sam. ¡Cristiana!
Car. Israelita, dale gracias á Dios, que por mi mano salva á la vez la vida y el alma de tu hija.
Sam. Gloria al Dios de los cristianos, que ha salvado á mi hija!.. Loor eterno al rey caballero, que ha cumplido todas sus promesas. Viva el Emperador!
Todos. ¡Viva!

FIN.

Madrid, 1855.

Imprenta de Vicente de Lalama,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

ESCENA XVI.

[illegible]

[illegible]

[illegible]